

CORRESPONDENCIA

TUNG-KING

*Santa Visita del señor Vicario apostólico á varios distritos.
Escasez de misioneros europeos*

El Rdo. P. Guirro, de la Orden de Santo Domingo, escribe al Padre Provincial desde Hai-Duong el 23 de Octubre de 1893:

ANTEAYER volví de acompañar al señor Vicario apostólico en la santa visita, cansado, constipado y enfermo.

El 24 de Septiembre se presentó el señor Vicario apostólico en esta capital de Hai-Duong determinado ya para emprender desde aquí la santa visita, pero sin que llevara misionero alguno de compañero, por considerarlos á todos demasiado ocupados. Yo también tenía mis planes formados para la administración en el mes del Santo Rosario, excursiones á los puntos donde tengo catecúmenos, etc., etc.; lo expuse á S. Ilma., mas me dijo que le acompañara. El 27 del mismo vinieron al distrito Kim-Doi á buscarnos con sus barquichuelos, uno de madera ya viejo y dos de caña. Nos embarcamos á media mañana, y después de cinco horas ya estábamos á vista de la Casa-Misión ó residencia del Padre anamita. Así que nos vieron empezaron los cristianos á tremolar sus banderolas y tocar sus tambores, manifestando una alegría admirable. Llegamos á la iglesia

acompañados de aquella música; dimos gracias, nos retiramos á la Misión para descansar un poco, pero no fué posible, sino que á los pocos minutos, forzados por las instancias, tuvimos que salir á la casa ó departamento junto á la puerta, llamado casa de visitas, para recibir sus saludos y regalillos de respeto. Luego el señor Vicario apostólico les predicó sobre el objeto de la santa visita y del gran bien que podrían conseguir para sus almas si sabían aprovecharse de tan buena ocasión. Concluida la plática iban viniendo las cristiandades en particular, después los niños y niñas, preguntando y examinando á todos, haciéndose cargo en general del estado del distrito: de modo que era ya tarde cuando nos pudimos ver un poco libres para rezar el Oficio Di-

vino. Apenas terminado éste, ya se presentó el portero de la casa anunciando que había mucha gente que pedía confesión. Bien, voy al confesonario, y allí hube de estar hasta cerca las diez de la noche, hora en que me llamó el señor Vicario apostólico para cenar. Los huesos, parte por las molestias del viaje, parte por haber estado tanto tiempo en el confesonario, dolían de firme. Después, para consuelo de los huesos, acostarse sobre unas tablas. El señor Vicario apostólico sufría y callaba; supongo le sucedería otro tanto. Al día siguiente dije Misa á las cinco para dar lugar al señor Vicario apostólico. Estuvimos cinco días en este distrito, y creo que todos se confesaron. Es un distrito nuevo que consta de cinco cristiandades que fueron separadas en 1889 del distrito de Phung-xa. Este distrito de Phung-xa estu-

tuvo á mi cargo desde Agosto hasta Septiembre del 71. Del distrito Kim-Doi pasamos al de Phung-xa, siendo recibidos poco más ó menos del mismo modo que en aquél; éste consta de unas catorce cristiandades. Estuvimos en este distrito cuatro días, y pasamos al distrito Rua. Este, como los dos anteriores, ha padecido también mucho por causa de las inundaciones y piratas; éstos quemaron la Casa-Misión y la iglesia, que no han podido aún reedificar los cristianos por su pobreza. Tienen una casa de cañas, que hace las veces de iglesia, donde se reúnen para rezar y se dice Misa.

En el paso á este distrito encontramos un mandarín de segundo orden, quien al vernos se había apresurado para salirnos al paso y saludarnos, lo que hizo con

bastante atención. Este mandarín fué uno de los primeros jefes de piratas que se levantaron, y también de los primeros que se sometieron, sabiendo contentar tan bien á los franceses, que le hicieron desde luego mandarín de tercer orden, y hace poco le subieron á segundo orden; apenas sabe leer, pero tiene mucho mundo. Nos saludó, habló un poco con nosotros, y se quedó. Nosotros siguiendo nuestro viaje, al pasar por la patria de dicho mandarín observamos que algún pillete gentil había hecho en desprecio una cruz en el suelo: la hicimos borrar decentemente, y como íbamos de prisa no dije nada entonces: el señor Vicario apostólico iba un poco adelantado, porque yo me había parado para observar si la prefectura que quieren cambiar de lugar, la ponían



ILMO. ALEJANDRO LE ROY, de la Congregación del Espíritu Santo y Sagrado Corazón de María, obispo titular de Alinda y vicario apostólico del Gabón, autor del relato *En el Kilima-Ndjaró*.

junto á una cristiandad, apoderándose del terreno de la iglesia ó no, pero parece que se ha tenido consideración á la iglesia. Pasados tres días fuimos conducidos al distrito Coc, cuyos cristianos tienen un natural especial: por lo mismo que se les había prohibido, nos vinieron á recibir á medio camino con banderas, bombos, música, etc., como si fueran los amos de todo. Al acercarnos á cierta distancia de la iglesia, ya tenían un altar provisional con los ornamentos pontificales preparados en donde se revistió el señor Vicario apostólico: yo me fuí directo á la Misión. Aquí se repitió poco más ó menos lo de los demás distritos: visitas, exhortaciones, confesiones, confirmaciones. Todas las mañanas al salir el señor Obispo á decir Misa, se presentaban los principales vestidos de gala y con sus músicas (si es que tal nombre merecen las de este país), y le acompañaban al ir y volver de la iglesia. Instaban para que estuviéramos con ellos al menos una semana, mas el señor Vicario apostólico les prometió cuatro días, que fueron de fiesta mayor y de mucho quehacer para nosotros. Cumplida la promesa, nos llevaron al distrito de Nam-Au, tan famoso por varios conceptos. Aquí tuvo la vicaría provincial once años el Rdo. P. Marco, teniendo de colateral en Dong-Xuyen al vicario apostólico venerable Sr. Hermosilla: después de haber sido destruida la Casa-Misión por los paganos en odio á la fe, fué habitada por el Ilmo. Sr. Gaspar, de santa memoria: aquí estuvo también el colegio de moral un poco tiempo, porque los mandarines no se lo permitían aún; luego el P. Viadé estuvo tres años; pasados éstos pudo continuar una temporada el colegio de moral, mas por los trastornos del vicariato fué necesario trasladarlo á otra parte. El año 1862 se instaló aquí el colegio de latín hasta el 90, que por causa de la insalubridad del terreno fué trasladado á Dong-Xuyen: desde entonces el distrito de Nam-Au ha quedado sin Padre misionero europeo que lo cuide; al presente está cuidado por dos Padres indígenas. Poco á poco desaparecerán todos los vestigios de tantas hazañas y recuerdos tan memorables, como suele suceder en los distritos regidos antes por misionero europeo y entregados después al arbitrio del Padre indígena; lo cual es de sentir mucho, pero no se puede evitar por aumentarse cada día más las necesidades y no haber bastantes Padres misioneros europeos para abarcarlo todo. Al llegar el señor Vicario apostólico á este distrito esmeráronse para obsequiarle y darle muchas muestras de respeto. Estuvimos tres días; pasó todo poco más ó menos como en los otros distritos. Aunque notamos una cosa especial, y fué una especie de estímulo en las cristiandades para tener mejor iglesia y más adornada. En este distrito y en el precedente no han tenido inundación, por eso no lo pasan mal. Además en éste de Nam-Au no sólo se recoge arroz, sino también bastante tabaco para fumar y mascar con el buyo; cuyos artículos este año se venden mejor que los otros años; y por lo mismo que no están tan pobres se acuerdan de sus iglesias para mejorarlas y asearlas un poco. Les ha entrado el mes del Rosario muy bien.

Aquí cogí un fuerte constipado. Al tercer día pasamos á Dong-Xuyen, aunque no era partido ó distrito que tuviera que visitarse, pues la visita tuvo fin en Nam-

Au, sino que como en Dong-Xuyen está ahora el colegio de latín, y era paso para volver á casa, estuvimos dos días condescendiendo á las amorosas é instantes invitaciones del M. Rdo. P. Fr. Gregorio Carbajo, que es el que rige aquel Colegio, y del Rdo. P. Ramos, su compañero. Como se me aumentó el constipado agredándosele la calentura, no pude decir Misa aquellos dos días.

FOO-CHOW (China)

Noticias del orfanotrofio de la Santa Infancia.— Groseras supersticiones y atentados de los chinos.— Reprochable conducta de los protestantes y sus ministros y ministras.

Sor Joaquina del Santísimo Sacramento desde San Salvador de Foo-chow escribe á su reverendo Padre Superior el 14 de Julio de 1893:

HACE no muchos días que unas mujeres cristianas cruzando la falda de un monte vieron en la cumbre un féretro hecho de cañas, del cual salían moribundos quejidos. Por largo rato estuvieron perplejas sobre si subirían ó no al monte; la subida de éste era difícil por su mucha pendiente; temían además que fuese algún *taurayán* (nombre que dan á las fieras recién nacidas) y que su madre las hiciera allí pedazos. Por fin, entre compasivas y curiosas, ó, mejor dicho, guiadas por el Angel del Señor, subieron á la cima del monte asiéndose unas á otras, y, llegando á donde estaba el féretro, vieron en él una niña como de unos cinco años, abrasada por el sol y bañada en la abundancia de sangre que arrojaba por la boca y narices. La infeliz criaturita ya estaba sin habla y sólo por señas pedía de beber: las mujeres, que no tenían con qué socorrerla, pasaron al otro lado del monte buscando algún líquido para aliviar en lo posible las mortales ansias de aquel ser infortunado. A no mucha distancia vieron otras mujeres campesinas que cogían leña, y dirigiéndose á ellas les preguntaron si sabían de dónde era aquella niña y cuánto tiempo hacía que estaba allí; les dijeron que á punto fijo no sabían cuándo sus padres la habían llevado allí; que según les parecía hacía dos días con sus noches que estaba en aquel sitio; que la causa de haberla llevado allí era porque había sido la ruína de sus padres, que cuando les había nacido contaban con muchos bienes de fortuna y gozaban *felicidad*. Como al poco tiempo de haber nacido la niña se les habían perdido dos gallos y nunca habían sufrido una pérdida igual, les pareció que aquello era un claro presagio de futuras desgracias, de las que era causa la inocente criatura: ésta, á medida que iba creciendo (según las ridículas creencias de sus padres), iba aumentando los infortunios en los bienes de los autores de su ser. Mirada por sus padres la niñita como la causa de su desgracia, y siendo aquéllos tan audaces como crueles, á primera vista se comprende el trato que darían á la indefensa criatura. Días enteros dejaban sin alimento á una niña de cuatro años, y después la azotaban con la mayor crueldad para que se fuese á dormir *caliente*, según ellos decían. Quien no conozca la fiereza de estas gentes, y su frenesí por la idolatrada *felicidad*, dudará de hechos tan desnaturalizados.

Nosotras, que con mayor frecuencia tenemos noticias

ciertas de estas y otras crueldades aún mayores, no dudamos de ellas, y mucho menos de la que voy citando, porque la hemos oído de muchas personas que juntas ó separadas siempre hablaban de un mismo modo. Habiendo enfermado del estómago el padre de la indicada niña, ya no pensaron más que en deshacerse de ella lo antes posible. Para proceder con más acierto consultaron al *maestro de la buena ventura*, y este hijo del padre de la mentira les dijo que con el nacimiento de aquella niña se había enojado mucho el *espíritu protector*, porque quería hacerlos felices dándoles un niño en su lugar, lo que se hubiera verificado si ellos, al hallarse en cinta la esposa, le hubieran ofrecido un *gallo* á dicho espíritu, y que ésta había sido la causa de que desapareciesen los dos *gallos*. También les dijo que, para desenojar á su favorecedor espíritu, era necesario que le ofreciesen la niña, llevándola á la cumbre del más elevado monte, para que allí muriese lentamente, ó fuese devorada por las fieras, y á medida que la niña muriese iría acabándose el infortunio y mala ventura en su casa y familia. Los desnaturalizados padres, obedientes á su infernal director, tomaron la infeliz criatura y la llevaron al monte del modo ya dicho. Las mujeres cristianas, no atreviéndose á sacar la niña del féretro en que estaba por temer se les muriese en el camino, la trajeron. Nosotras, al ver la triste situación de aquella infortunada, y que ya era crecida, llamamos al Padre, quien la bautizó, aunque no solemnemente por temer no alcanzara el tiempo. Acto continuo la limpiaron y dieron de beber, que era toda su ansia, y momentos después espiró, dejándonos su cuerpo, que causaba horror el verlo. Su alma feliz se fué al cielo á recibir el premio de su tan temprano martirio, á la vez que á bendecir las misericordias del Señor.

Por estas tierras es increíble lo que domina la codicia y ambición: la riqueza es todo su anhelo, mas como no la buscan donde está, huye de ellos como la sombra del que intenta cogerla para metérsela en el bolsillo. ¿Qué medios toman estos infelices para hallar su soñada riqueza? El hurto: hurtan siempre que pueden, y donde se figuran hallar el aumento de sus intereses, hallan su mayor indigencia, como V. P. verá en el siguiente caso que hace poco nos ha sucedido.

Una joven nodriza lactaba una niña nuestra como otras muchas de su clase: la niña tenía un año; era rolliza y tan agraciada, que no parecía china: la nodriza venía con la niña á cobrar cada quince días como las otras compañeras: un día vino el marido, diciendo que su mujer estaba enferma y que venía él á cobrar. Al momento me figuré que había hecho alguna de las suyas. A poco que me fijé en la niña conocí que no era la nuestra, registré las marcas que con nitrato de plata tenía en las uñas, las examinamos, y eran falsificadas con carbón. Aunque él muy bien lo sabía, le hice conocer delante de las demás nodrizas la falsedad de las marcas, y le dije que no siendo aquélla nuestra niña, él y la que con él venía para cobrar se quedarían en rehenes presos por el alcalde de barrio, hasta que el mismo alcalde me trajera nuestra niña diciéndole él dónde la había llevado; y que si tenaz intentaba no de-

cirlo, que aquella misma tarde iría el señor Obispo á dar parte al señor Cónsul, y entonces sería una cosa que distaría mucho de las amonestaciones y amenazas de una mujer. Sabedora la esposa de que su marido estaba en rehenes preso por el *tipó* (alcalde de barrio), desgreñada, furibunda y casi fuera de sí por la ira que la dominaba, á fuerza de gritos quería convencerme de que aquélla era nuestra niña. Viendo que yo permanecía firme sin hacer caso á lo que decía, dejándose llevar de la ira hasta el último extremo, dijo á gritos «que se iba á ahorcar, pero antes quería matarme á mí,» y sin más consideración me dió algunos golpes, que no fueron muchos por interponerse el *tipó* y las otras nodrizas sus compañeras. Después de cuatro horas de aclaraciones y mentiras, viendo mi firmeza en dar parte al señor Obispo y señor Cónsul, temieron, y el mismo *tipó* les dijo que saldrían mejor diciendo la verdad. Por fin, como ya no les quedaba otro remedio, confesaron ambos consortes que, hallándose en extrema necesidad y deseando hacerse algunas ropas para abrigarse en el invierno, habían vendido la niña por diez duros á un gentil que la quería para futura esposa de un hijo que tenía de igual edad. Esto dijeron, mas la verdad es que el gentil quería la niña para revenderla á las mujeres impúdicas. Sabido el lugar donde estaba la niña, el *tipó* con algunas mujeres cristianas fueron á buscarla, y como el comprador no quería dar la niña si no le devolvían los diez duros que había dado por ella, nos hemos visto en más grandes apuros de lo que á primera vista parece. Los vendedores no tenían un cuarto: según ellos decían, los diez duros los habían gastado ya. Yo, aunque á vista de tales miserias padecía lo que no me será fácil decir, me hice fuerte ahogando los latidos de mi corazón, y no quise darles cosa alguna, porque conocido el carácter de estas gentes, en darles yo algún dinero para rescatar la niña, no haría más que proporcionarles un medio para que tarde ó temprano las otras de su clase hicieran lo mismo, y éste sería el modo de que se nos perdiesen nuestras niñas, lo que Dios Nuestro Señor no permita.

Por último los infelices, no teniendo ya otro remedio, llevaron todo cuanto tenían á la tienda de empeño, mas como en estas casas sólo dan diez por lo que vale ciento, por todo cuanto tenían aquellos desdichados no les dieron más que cinco duros, y por los otros cinco empeñaron la casa en que vivían. Recogidos los diez duros y con ellos rescatada la niña, el *tipó* la puso en mis brazos, y al entregármela me dijo que pidiese indemnización por los golpes que me habían dado. Yo le dije que los golpes no valían nada, toda vez que no me habían roto ningún hueso, y aunque lo hubiese roto, le perdonaría de todo mi corazón; que yo á mi vez les pedía perdón por lo mucho que les había hecho sufrir y padecer en aquel día, que como las niñas no son mías, sino que son de la Santa Infancia, y tengo que dar cuenta de ellas á mis dignos Prelados, por esto y por otras cosas, tenía que dejarme morir antes que consentir en que se me perdiese una. El *tipó* estaba como fuera de sí, con el pasmo que le causaban mis razones; dijo á los circunstantes:

—Nunca he tratado á los cristianos, pero si así es su Religión, es la mejor de todas.

—Sin saber lo que has dicho, repuse, has dicho la más grande verdad de toda tu vida.

Después me dijo que ya que no quería indemnización por mí, que la diesen á la Santa Infancia por haberle robado la niña; y sin aguardar mi contestación dispuso que en el siguiente pago de nodrizas, que era quince de la *luna*, vinieran ambos consortes con dos grandes faroles de seda que trajeran esta inscripción:

«Por haber robado una niña á esta casa, me han dado esta penitencia.» Luego que dieran á la Santa Infancia seis candelas de sebo encarnadas, y haciendo estallar muchos cohetes al tiempo de entregarlas, estaba hecha la indemnización. La penitencia se cumplió á la letra, estando las otras nodrizas presentes; los faroles se colgaron delante de la puerta mayor de la Santa Infancia para que los vieran y leyeran todos. La niña, como ya había lactado lo suficiente, la hemos recogido al orfanotrofio; vive tan rolliza como antes, y las nodrizas en vista del castigo temen, por lo que ahora más que nunca son tratadas con mucho mayor cuidado nuestras pobres huerfanitas, cumpliéndose á la letra aquello que con tanta verdad decimos los cristianos: «No hay mal que por bien no venga.»

Uno de los trabajos que por estas tierras afligen en grande escala á la Misión católica, y que por esta vez no quiero pasar en silencio, es esta chusma de ministros y ministras protestantes, que por desgracia aquí tanto abundan, y que esparcidos por el mundo como emisarios del padre de la mentira, enseñan el error por doquiera que van, aparentando probidad y virtud. Dicen que aman á Jesús, mientras blasfeman de la que el mismo Señor ha elegido por su dignísima Madre, y de la que por ser Madre de nuestro Dios todo lo puede en favor nuestro por vía de intercesión. Estos satélites del enemigo que enseñan el error y mentira, compran por dinero los sectarios de su pretendida religión para mandarlos por las calles y plazas, y aun introducirlos en el hogar de la familia, con el fin de enseñar la que ellos llaman ley de Jesús, ley que nosotros con mucha más verdad podremos llamar cruel y aguda lanza con que hieren y acibaran el tiernísimo y dulcísimo Corazón de nuestro Señor y Dueño. Lo más triste es que, tan temerarios como atrevidos, insultan con multitud de dicterios á los que más cuerdos que ellos no quieren seguirlos en sus locuras y fanáticos errores. A mí me han sucedido con ellos bastantes casos que pudiera referir á V. P., mas por no hacerme interminable me concretaré á solo uno.

Habiéndome visto en la precisión de ir al hospital para tener en brazos una de nuestras niñas, durante una operación que tenía que hacerle el doctor inglés encargado de dicho hospital; como por disposición del doctor, terminada ya la operación, tuve que permanecer allí unas tres horas, en el instante en que el médico se retiró, me vi rodeada de una porción de importunas predicadoras que á porfía intentaban ganarme para su secta á toda costa. Yo, atendiendo más al cuidado que la niña necesitaba que á lo que ellas decían, las dejaba que desahogaran su fervor, en el que, sin ponderación de ningún género, cada palabra era una herejía. Con-

trájeles algunos de sus muchos disparates; mas cuando trataron de la Santísima Virgen, nuestra querida Madre, dije en mi corazón, pudiendo apenas reprimir sus latidos: «¡Oh Virgen Santísima! que estáis sobre los coros de los Angeles sentada al lado de Dios, permitidme que bendiga vuestro nombre, y dadme virtud contra vuestros enemigos.» La Madre de la santa esperanza no me abandonó en mi necesidad, antes quiso que las confundiera con las más sencillas frases. No sabiendo que oponerme, después de un rato de silencio, me trajeron un libro tan mentiroso como ellas. Les di las gracias, y les dije que por la misericordia de Dios Nuestro Señor estoy bastante instruída en los misterios de mi Religión santísima, y por lo mismo que la conozco verdadera, la profeso de todo mi corazón sin ningún género de violencia ni interés material, y que no necesito la enseñanza de ajenos libros.

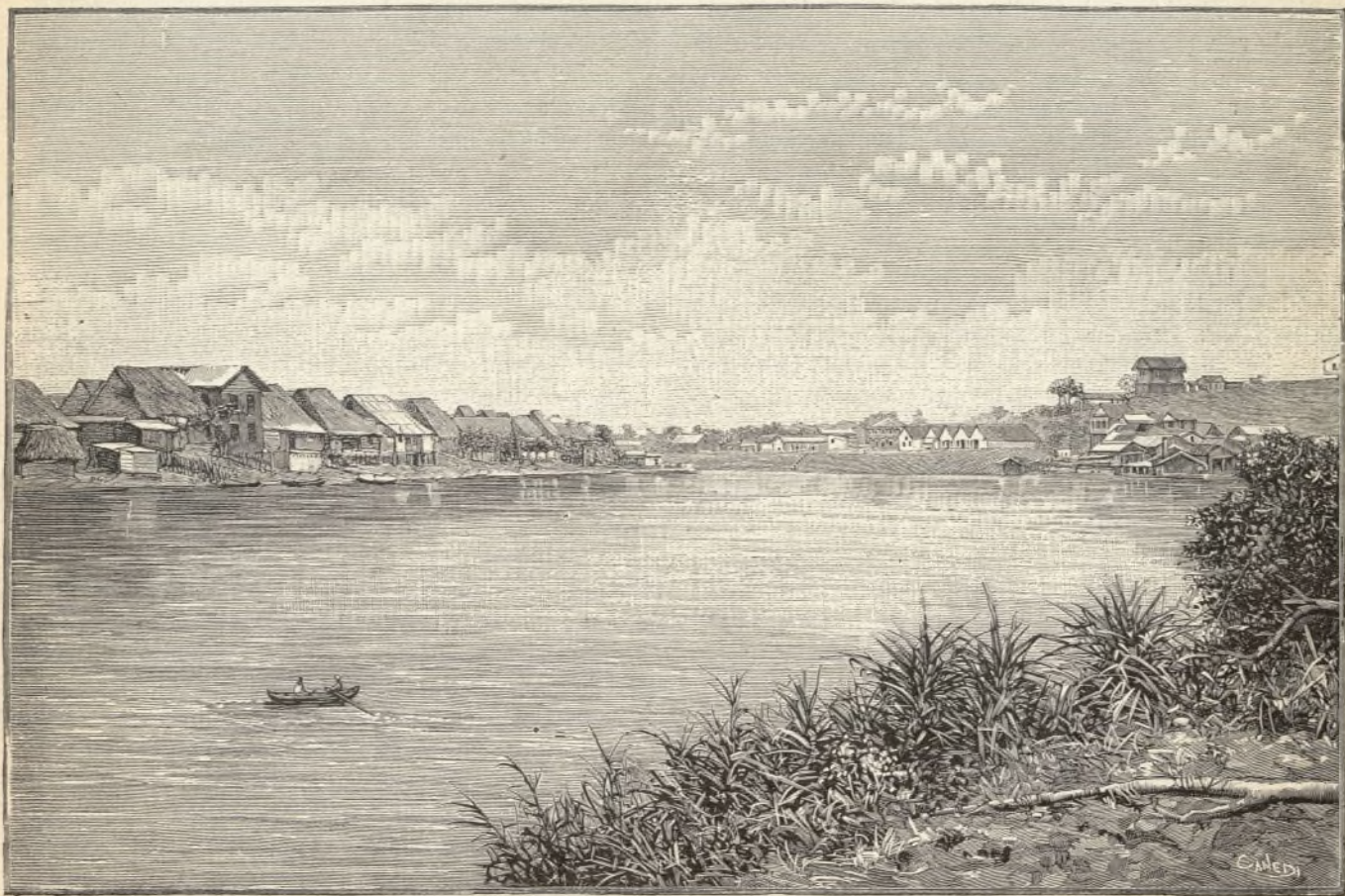
Me volví con la niña para nuestra casa, dejándolas muy ansiosas de argüir otra vez conmigo en materias religiosas; ¿cómo lo conseguirán? Fácilmente, á su parecer. Sobornan con dineros á una china protestante, y la mandan venir aquí á pedir una niña para lactar en clase de nodriza; ésta viene, y con ella su marido para continuar la tarea principiada en el hospital. Habiendo conseguido la niña para lactar, iban y venían con ella unas veces á cobrar y otras con diferentes pretextos, todos dirigidos á continuar con su atrevida intentona. Tres meses ha durado la lucha, y se han convencido de la santidad y caridad de nuestra Religión amada; me han dicho todos los errores, fraudes y tráficos que se hacen en la protestante que ellos profesan, y si no se han rendido á las verdades de nuestra Santa Religión, ha sido, á mi parecer, porque lo desmerecían por su mucha soberbia y avaricia. Bien quisieran ser cristianos si les pagásemos un buen salario: me han dicho que ellos eran veinte de familia, que los protestantes les daban diez duros cada mes porque siguieran su secta, y que si nosotros les diésemos algo más se harían cristianos él y toda la familia; mas les contesté que nosotros no dábamos nada á los cristianos porque lo fueran.

Convencidos por fin de sus fanáticos errores, me han dicho que los protestantes á todos los compraban por dinero, ¡terrible tentación para los chinos! y como eran muchos los que seguían su secta, gastaban un numeroso caudal, que mensualmente ascendía á la respetable suma de cuarenta mil duros. Por fin se marcharon avergonzados dejando la niña, que hasta entonces no había sido más que un pretexto para introducirse en esta casa. ¿Quién no se figurará que la arrogancia protestante habrá bajado la cabeza después de verse humillada más de una vez? No, ellos tomarán otro medio á su parecer mucho más seguro.

Un chino de su misma secta, que por ser rico era muy conocido, vino á nuestra casa con pretexto de hacerse cristiano, diciendo que deseaba enterarse á fondo en los dogmas de nuestra Religión para abrazarla. Nosotras, para proceder con más acierto y temiendo algún artificio, como lo era, llamamos al Padre para que le enseñara al chino lo que deseaba saber: con este mismo intento vino muchas veces con su mujer y demás fami-

lia. Muy bien les parecía todo lo que á sus preguntas contestábamos, y se explicaba de tal modo, que aparentaba ser un fervoroso cristiano. En una de sus muchas visitas nos dijo que su madre era muy anciana, y que no siéndole fácil venir ella á nuestra casa á causa de su ancianidad, nos agradecería mucho le hiciésemos el favor de mandar á su casa alguien que le enseñara lo necesario para prepararla á recibir el Santo Bautismo. Temiendo, y con razón, que ésta fuese una nueva astucia del enemigo, determinamos ir dos de nosotras, con el permiso y bendición de nuestros dignos Prelados. Llegadas á la casa fuimos recibidas con las mayores demostraciones de gratitud; aun no habíamos tomado asiento, cuando nos vimos asediadas de mujeres, de las que no conseguíamos más que muchos obsequios y muchas fingidas admiraciones á todo cuanto les decíamos en cuanto á Religión. La anciana deseaba ser cristiana en verdad, pero en su modo de expresarse comprendimos que había quien se lo impedía. A darnos las gracias por haber ido á su casa vino el chino á la nuestra: entre una infinidad de engaños nos dijo que más tarde se haría cristiano él y toda su familia, que por ahora le diésemos una niña nuestra para prohijarla y á su tiempo casarla con un hijo suyo; que la niña sería feliz y á nuestro orfanotrofio le daría diez mil duros de limosna; que igual cantidad había dado el año anterior al orfanotrofio protestante. Yo le dije que eso de dar niñas, con cualquier condición que sea, pende de la voluntad del señor Vicario apostólico, pero que estoy cierta hasta la evidencia, que no dará la niña ni por diez mil duros, ni por diez mil millones. El chino al oír

esto me preguntó ¿por qué razón? Le dije que la razón ó razones el señor Obispo se las daría muy bien; en cuanto á mí, que la primera que se me ocurría era, porque nuestro Divino Legislador Jesús promulgó en su ley santísima que diésemos á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; por lo que siendo nuestra niña cristiana y él protestante, era dar al diablo lo que á Dios Nuestro Señor le pertenecía por todos títulos y derechos; que si abrazaba la Religión católica como decía, siendo buen cristiano, que los Prelados le darian la niña ó niñas sin una chapeco de interés. El chino, que pensaba conseguir un triunfo llevándose nuestra niña al orfanotrofio protestante, tragó lo mejor que pudo aquella píldora, aparentando que le ponía buen estómago. Después de un rato de silencio, me suplicó que le dispensáramos la gracia de mandar á su casa alguna persona que enseñara á su anciana madre lo más preciso para hacerse cristiana, pues lo deseaba de corazón. Con el consentimiento de los Prelados mandamos la maestra que enseña letras chinas á nuestras niñas, que por ser mujer de más de cuarenta años, bien instruida y buena cristiana, no había ningún peligro al parecer. Cinco días la tuvieron allá; durante ellos, en lugar de enseñar á la anciana y á los demás los misterios de nuestra Religión Santa, querían que la maestra aprendiera su secta para que luego la enseñara á nuestras niñas; mas viendo que aquella no cedía á sus falaces promesas, llamaron á los ministros protestantes, y sin consideración de ningún género la insultaron, blasfemando á la vez de nuestros más santos misterios. Pasados unos días hemos sabido por personas veraces que



COLOMBIA.—Pueblo de Gatún. (Pág. 305)

la anciana pidió á su hijo que la dejara ser cristiana, porque ella había conocido ser nuestra Religión la verdadera. Furioso su cruel hijo, la encerró en una lóbrega habitación en donde no pudiera ver ni hablar á nadie. La pobre anciana á los dos meses de encierro murió víctima de la crueldad de su propio hijo. Nuestro Señor le haya aceptado el bautismo de deseo, ya que su hijo, por no caer en desgracia con los ministros protestantes, fué la causa de su aciaga muerte y de muchos malos tratamientos que le precedieron. Sin duda que éste era el último delito que Nuestro Señor tenía dispuesto sufrir al chino: él mató á su madre en un encierro, y la justicia de Dios tenía para castigarle otros encierros, sin que le valieran los ministros protestantes, de quienes bien pronto se vió abandonado, ni sus riquezas, que como humo se desvanecían.

Pasadas tres semanas después de la muerte de su madre, enfermó él gravemente: Lucifer, á quien toda su vida había servido, se apoderó de su cuerpo: quince días estuvo como una bestia sin conocimiento, bramando como las fieras; nadie podía entrar en su aposento, porque veían al diablo en el enfermo que los amenazaba: por último, cerraron las puertas y lo dejaron allí solo hasta que notaron que había muerto. Esta muerte pésima fué notoria en todo Foo-chow; y al diablo en el enfermo, ó, mejor dicho, al enfermo hecho diablo, no lo ha visto quien no ha querido irlo á ver; tanto es así, que deseando yo suprimir este caso, por temer se figurase V. P. ser alguna ligereza mujeril, he consultado al señor Obispo, y este señor me mandó no suprimirlo, porque es verdad, y la verdad debe decirse cuando conviene.

En cuanto á la mujer y demás familia del finado, teniendo por un castigo de los ídolos la trágica muerte de su marido, y como poco cuesta salir de un error para entrar en otro, se han vuelto á sus antiguas supersticiones y adoración de las *tablillas* abandonando el Protestantismo. Los *ministros* y *ministras* protestantes por ahora nos han dejado en paz, tal vez hasta otra ocasión.

La mayor parte de las niñas que tenemos en casa son pequeñitas: de las mayores que teníamos cuando V. P. tuvo la bondad de honrarnos con su visita, ya se nos han casado cinco, y este año, Dios mediante, en la décima *luna*, se casará alguna más. De las mayores ya comulgan trece, y seis más confiesan, si bien aun no comulgan por su temprana edad; las otras todas son menores de seis años.

Si esta carta no fuera tan larga, ahora era la ocasión de hablarle de los tan tempranos como envidiables fervores de estos angelitos; mas temo molestar á V. P., y con sentimiento mío lo dejo hasta otra vez. Tengo el pesar de decirle que aún no hemos podido realizar el pensamiento que hace algún tiempo nos viene ocupando, de abrir una escuela externa para la educación de niñas de familias cristianas. Las casas que contiguas á nuestro orfanotrofio se venden, aun no las hemos podido comprar por completo; con algunas limosnas y algunos pocos sacrificios hechos de nuestra parte, ya hemos comprado cinco, y nos faltan otras cinco, de menos precio que las adquiridas. Confiamos en la bon-

dad de Nuestro Señor y en la santa caridad de nuestros bienhechores, que nos ayudarán en una obra que tiene sólo la mira en la mayor gloria de Dios y bien de estas criaturas, que antes saben maldecir que hablar, á causa de las palabrotas que por las calles dicen estas gentes sin conocimiento de Dios.

FERNANDO POO

Una excursión al interior de la isla

ERA el 14 de Diciembre, escribe el Rdo. P. Ramón Albanell, misionero Hijo del Corazón de María, cuando partimos de Concepción el reverendo Padre Prefecto y el que subscribe, acompañados de tres niños indígenas educados en nuestras Misiones. En el principio del camino se nos ofreció una pendiente para bajar, siendo preciso asirnos de los arbustos y matorrales que estaban junto al camino, además de apoyarnos en un *palo bubí*, así llamado porque lo llevan los naturales de esta isla; es de una madera muy compacta y fuerte, semejante al boj de esos países; tiene bastante longitud y una punta en el extremo inferior, pudiéndole así fijar en tierra para apoyarse en él con alguna seguridad.

Distan mucho estos caminos bubís de parecerse á las carreteras que cruzan las provincias de la Península. Sólo llegan, y esto á duras penas, á la categoría de senderos y atajos. Por otra parte, viene á hacer más difícil el caminar por ellos la costumbre de los bubís, que nunca van de dos en dos, aunque puedan algunas veces, sino uno detrás de otro, y el que sigue pone los pies en el mismo sitio que el que le precede; resultando de ahí el estar semejantes caminos acanalados, ya por las pisadas de los transeúntes, ya por el agua que en los tiempos de lluvia se estanca en ellos.

Terminado nuestro penoso descendimiento, hallamos un caudaloso río, de cuyas aguas nos servimos para apagar la sed, que por cierto no escaseaba. Vadeado dicho río en brazos de nuestros robustos guías, y tomada una modesta refección, se nos hizo necesario subir por otro bosque. ¡Qué bellos paisajes y hermosos panoramas se iban presentando á nuestra vista á medida que íbamos subiendo y andando por el bosque! Ora veíamos unas como cuevas formadas por las ramas y troncos de los árboles, ora el camino que pisábamos y sus alrededores se hallaban tapizados de verde musgo y helecho. Aquí veíamos una finca de bubís, y á poco trecho pasábamos un impetuoso torrente, que formaba con sus limpias aguas una espumante cascada; en una palabra, querido Padre, cuánto de bello y hermoso puede hallar la imaginación más ejercitada, parece quiso Dios depositarlo en estas intertropicales regiones, tanto que, al contemplarlo, parece que naturalmente los labios se iban á pronunciar aquello del Profeta-Rey: *Delectasti me Domine in factura tua...*

Al cabo de un buen rato, y como á las dos de la tarde, estábamos en Balanja de Arriba, pueblo bastante numeroso. Tratamos de reunir á sus habitantes, pero al principio, siguiendo la costumbre propia de esta raza, se escondieron entre los árboles y matorrales hasta

que se aseguraron de las intenciones pacíficas que llevábamos.

Al primero que se nos presentó le agasajamos mucho y le llenamos de tabaco de pipa, instrumento que llevan todos los bubís, sin excepción de niños y mujeres. Al ver sus convecinos tan cariñosa acogida, fueron llegando sin temor: trajéronnos agua suficiente para apagar nuestra sed, y nos despedimos del pueblo dejándoles provista la pipa. ¡Qué lástima, decíamos, que no podamos establecernos en esta comarca para enseñar el camino del cielo á estos infelices bubís! ¡Si á lo menos hubiera medios fáciles de comunicación con estas pobres gentes!...

Emprendimos, pues, de nuevo la marcha, mientras la niebla iba cubriendo los bosques, y al ponerse el sol llegábamos al pueblo llamado Matdo. Al entrar en él llamamos á la gente, pero nadie respondió, unos por haberse escondido, llevados del temor, otros por estar trabajando en sus fincas de plátano, malanga ó ñames. Abrimos, pues, la puerta de la primera casa que encontramos, que por suerte era la del Muchuku ó jefe del pueblo. Dejado nuestro equipaje en la *regia* casa, salimos al aire libre con objeto de rezar: no sé como el demonio, cuyo templo estaba delante de la casa en que nos habíamos alojado, podría soportar semejante compañía. No bien habíamos concluido nuestro rezo cuando se acercó un jovencito, aunque con cierto recelo de ver caras y trajes nuevos; le pedimos la pipa para llenársela de tabaco, y con esto ya nos hicimos amigos. Por fortuna, este joven tan simpático era el príncipe de Matdo, y, por consiguiente, futuro dueño del palacio en que nos habíamos alojado. Preguntámosle si quería vendernos ñames para nuestros guías, y dijónos que todavía la gente estaba en la finca, incluso su mismo padre; pero después, portándose como príncipe, se levanta, y con aire resuelto dijo en su lengua:

—¡Bah! Ya voy á buscar ñames á la finca.

Seguramente fué á buscarlos á unas fincas que distaban del pueblo al menos media hora, y él con solos veintisiete minutos hizo el viaje de ida y vuelta. Iba llegando la gente, y entre ella vino el Muchuku, el cual se mostró contento de que nos hubiéramos alojado en su casa; entró y tomó asiento, haciendo lo mismo algunos de sus dependientes. Nosotros encendimos fuego para secar nuestros vestidos, mojados por el sudor, y para que los guías asaran sus ñames; pero escaseando las sillas y bancos, tuvimos que sentarnos en una pequeña tabla.

Luego el referido jefe tomó una calabaza llena de *tupé* (vino de palmera), y nos la ofreció generosamente. En retorno le ofrecimos un poco de licor y tabaco, con lo cual ganamos por completo su voluntad.

Cenamos muy parcamente, y hecho el ejercicio del cristiano, nos fuimos á descansar, cerrando la puerta para evitar visitas importunas. ¿Adivinará V. lo que nos servía de almohada? Pues un paquete de tabaco, y para nosotros era harto regalo comparando dicha almohada con el cabezal de cuerda que tenía Jesús en el navío, y aún más con la corona de espinas que, al espirar, llevaba en su divina cabeza. La cama de hojas de plátano, si no era demasiado muelle, nos ofrecía en cambio la ventaja de no poder caer; aunque la dureza

del suelo y los pedúnculos de las hojas de plátano, cuya dureza y grosor eran como la de un palo regular, hicieron ciertamente que tardase mucho la mañana.

Llegada ésta, hicimos el ejercicio del cristiano y la meditación, y nos despedimos del pueblo, pagando con tabaco al rey y al príncipe el alojamiento y los ñames. Emprendimos de nuevo el camino, pero al poco tiempo hubo necesidad de que uno de nuestros robustos guías tomase la delantera, y, machete en mano, abriera paso, ya cortando ramas, ya separando la alta hierba.

Como el sol no había aún dejado caer sus ardientes rayos sobre este suelo, tan lleno de exuberante vegetación, la humedad, por la cual nos era forzoso pasar, era más que regular; de suerte que tuvimos necesidad de ponernos una manta de algodón para no mojarnos tanto. El bosque era tal, que si uno se descuidaba un poquito ó se quedaba atrás por algún motivo, había de llamar á los compañeros para saber el lugar por donde habían pasado. Hasta las nueve de la mañana próximamente duró la monotonía y aspereza del camino. En dicha hora llegamos á un pueblo bastante grande llamado Olaitia, donde nos detuvimos con el objeto de rezar Horas.

A las doce próximamente estábamos en Rilaja, no sin haber antes contemplado algunas fincas que los bubís plantaban de ñames, y algunos bellísimos y muy variados panoramas, muy aptos por cierto para darnos alguna idea de lo que tiene Dios preparado en la patria *diligentibus eum*.

Terminamos nuestra expedición fernandina sin novedad especial, gracias á Dios, yendo á dormir el 16 por la noche á nuestra Casa de San Carlos, y convencidos de que se podría hacer un bien inmenso en esta isla, dado lo numeroso de su población, si hubiera más operarios para establecer nuevas Residencias, y muchos caminos en distintas direcciones para comunicarse los pueblos entre sí.

Un fallecimiento edificante

El P. Armengol Coll, misionero Hijo del Corazón de María, escribe al Colegio Noviciado de Cervera:

QUINCE meses próximamente han pasado desde que referí á Vds. la persecución del sacerdote de los idolos, llamado Naba, contra la Misión de San Carlos, por habérsele fugado una muchacha de unos quince años, llamada en el Paganismo Mesabó, la cual, cogida de nuevo por aquél, huyó segunda vez á la Misión para ser fiel al llamamiento de la gracia. Ahora, con ocasión de su muerte, he creído del caso escribir á Vds. de nuevo, porque no parece sino que el demonio barruntaba que se escapaba aquella alma de sus uñas para no volverla á tener bajo su dominio, y por esto hizo tanto ruido.

Asegurada su estancia en el Colegio de Religiosas de Santa Isabel, no es fácil describir su docilidad en todo, y al mismo tiempo la alegría con que cumplía todas las prescripciones de sus maestras. Estas aseguran no haber tenido que reprenderla nunca. Cuando estuvo instruída pidió con grandes ansias el Santo Bautismo, y viendo que no se le concedía desde luego, no cesó de



COLOMBIA.—Vista de Colón. (Pág. 304)

importunar hasta que consiguió esta gracia. ¡Con qué fervor lo recibió! Se conocía que se había hecho cargo de lo que era este Sacramento. Su modestia y una especie de deseo de llegar pronto á la pila bautismal, el fervor con que rezaba las oraciones, todo manifestaba allí convencimiento de que iba á recibir un Sacramento grande. Tomó por nombre María de Montserrat. ¿Y qué diré de sus deseos de comulgar y del modo con que se acercaba á la Sagrada Mesa después de su sencillez en la confesión? Quizá alguno atribuya estas frases á ponderación y las crea superiores á la realidad; pero de mi parte puedo asegurarles que creo iba con tan buena preparación como acostumbre hacerlo una persona de su edad, fervorosa, con fervor bien entendido, después de una atenta y cuidadosa preparación.

Vamos á su última enfermedad y á su muerte, la cual supe estando en San Carlos, hace como dos semanas. Luego que el médico diagnosticó la gravedad de su dolencia, se confesó y recibió el Santo Viático devotamente. Despediase de sus pequeñas compañeras con palabras capaces de arrancar lágrimas, y sus jaculatorias eran para enfervorizar al corazón más frío. Mientras tuvo expeditos los sentidos no dejaba de las manos su crucifijo, y si por algún motivo había de soltarlo, decía luego:

—¿Dónde está mi Señor Jesucristo?

No puedo menos de consignar, antes de concluir, un sencillo episodio ocurrido inmediatamente después que recibió la Santa Unción, el cual manifiesta la disposición de aquella alma, arrancada hacia tan poco tiempo de la infidelidad. Pues como el P. Sanz, después de ad-

ministrado el último Sacramento, rezase en compañía de los circunstantes un *Padre nuestro* á San José, patrón de los agonizantes, otro á los Santos Angeles Custodios, y tres *Ave Marias* á la Santísima Virgen; al llegar á las tres *Ave Marias* se levantó de repente la enferma, se arrodilló en su camilla, que era de tabla, y tomando ella la dirección de las *Ave Marias*, comenzó esforzando como pudo la voz: *Dios te salve, María, llena eres de gracia*, etc., contestando los circunstantes conmovidos: *Santa María*, etc., sin que apenas pudieran contener sus lágrimas. Finalmente, en sus últimos momentos, cuando caída en un profundo letargo no despertaba sino llamándola á grandes voces, los cortos momentos que abría los ojos y advertía que le ponían cerca el crucifijo, lo besaba con gran ternura. En fin, todas las señales eran de un fin dichoso, de la muerte de un predestinado.

No es extraño que el enemigo de la salvación manifestase tanta rabia el día de su separación de la idolatría é hiciese tantos esfuerzos para reducirla de nuevo á su servidumbre. ¡Cuánto consuela ver á estos pobrecitos en su última hora dar manifestas señales de salvación! ¡Ah, mis queridos Hermanos, por cuán bien pagados se dan en casos semejantes todos los trabajos consiguientes á la evangelización de estos infieles! El Señor nos aumente cada día las fuerzas para hacer que se engrosen sus filas y tenga verdaderos servidores. *Non est abbreviata manus Domini*. El Señor dé prosperidad á todos los bienhechores de estas Misiones, pues en gran parte á ellos es debido el fruto de nuestros trabajos.

FILIPINAS

Escuelas de los Padres misioneros en la vicaria provincial de Nueva Vizcaya.—Frutos de la caridad de los mismos.—Necesidad de su ministerio.

SIEMPRE ha sido uno de los primeros desvelos de todos los Religiosos de Filipinas que hayan estado al frente de populosas parroquias, ó en obscuras y apartadas Misiones, procurar la instrucción de los niños y su constante asistencia á las escuelas. Y en las dos centurias pasadas, y parte de la presente, cuando los cuidados de nuestras posesiones americanas absorbían casi por completo la atención de los Gobiernos de la metrópoli; cuando fuera de los prohombres que empuñaban las riendas de la alta política nacional, apenas se encontraban unos cuantos que supiesen alguna cosa de Filipinas, y cuando en estos extensos territorios, en los que cabe un gran imperio, y en estos inmensos mares tan salpicados de islas como están los cielos de estrellas, sólo ondeaba la hermosa bandera española, gracias á la mano robusta y brazo potente de unos cuantos Religiosos y otros tantos invictos, aguerridos y cristianos capitanes; ya en aquellas épocas remotas de obscurantismo y de ignorancia, al decir de algunos, los Religiosos fundaron en todas sus residencias, escuelas

podía ser otra, de nuestra amada é ínclita Provincia del Santísimo Rosario en estas islas.

Y si en todas partes se ha desplegado gran celo, afán y constancia por tan sublime empresa, se puede asegurar que en estas Misiones de Nueva Vizcaya, desde su fundación en el siglo pasado hasta el presente, no se ha visto más que una constante y nunca interrumpida serie de desvelos, trabajos y sacrificios. Hoy mismo, sin necesidad de remontarnos á otras épocas, está el P. Villaverde regentando, por falta de maestros, las escuelas del Magulán: hoy mismo los Padres misioneros de Aritao y Dúpax están costeando, el primero una escuela de niños y otra de niñas en la tenencia absoluta de Boné, y el segundo dos de ambos sexos en cada uno de los barrios de Jueangan y Lamo. Y aquí en Bambang, desde antiguo, y hasta hoy, estoy sosteniendo también una escuela para adultos varones, á la que asisten los domingos y días de fiesta más de cien ignorantes y nuevos cristianos, y otra para mujeres, á la que no es menor su concurrencia.

Pues bien: si en estos tiempos en que la acción del Gobierno de España puede ser y es tan directa, libre ya de mil obstáculos y mil dificultades de todo género que en remotas épocas se le presentaban; si en estos tiempos en que con satisfacción de todos vemos en nuestros gobernantes el deseo ardiente y la acción continua



COLOMBIA.—Puerto de Panamá. (Pág. 306)

y centros de enseñanza; los Religiosos no tuvieron á menos regentar por sí mismos escuelas de Misiones y de pueblos; cuando ya tenían algún discípulo aventajado, cercenaron con mil amores su corto y exiguo estipendio, dando una parte al que departía con ellos la ímproba y enojosa tarea del magisterio.

Esta ha sido siempre la historia de la Iglesia católica en el mundo: ésta es la historia de las Corporaciones religiosas en Filipinas; y ésta es la historia, y no

para extender por todas las islas la instrucción primaria, aumentando sueldos, reglamentando la carrera de los maestros, y empleando cuantiosas sumas en material de enseñanza, todavía su acción no puede llegar á todas partes, todavía su brazo es demasiado corto para subvenir á todas las necesidades, quedándole aún al pobre misionero descosidos que zurcir y agujeros que tapar, sacrificando parte de su corto estipendio, ¿qué no habrá sucedido en épocas pasadas? ¿qué no habrá su-

cedido en los antiguos tiempos, en que se puede asegurar, y la historia lo testifica, que sólo á su acción se debía, y sólo á su celo se debía todo lo que en ese ramo se consiguió?

Y aquí al llegar á este punto, al tratar esta materia, bullen en mi cerebro un sinnúmero de ideas y una infinidad de pensamientos que luchan por salir y quedar estampados en esta carta, contra las invenciones, diatribas é ideas inexactas lanzadas á la publicidad por los enemigos de los Religiosos. Un libro necesitaría escribir para explayarme y quedar tranquilo y satisfecho mi ánimo. Pero ni me es posible, ni menos es necesario para que sea inmarcesible la gloria que corresponde á las Corporaciones religiosas por la parte que han tomado en la obra de civilización, de cultura, enseñanza y adelanto de estos pueblos filipinos.

Y con respecto á los misioneros de Nueva Vizcaya, basta y sobra para que resalte su celo en pro de la enseñanza, y para ver también el constante afán de los mismos maestros en el desempeño de su deber, pasar nada más la vista por los siguientes elocuentísimos datos, tomados de los estados oficiales del mes de Mayo del corriente año.

ESCUELAS DE NIÑOS: Asistentes en 1.º de Mayo de 1893, 1,358.—Que asistieron diariamente en el mes anterior por término medio, 1,045.—Que escriben, 821.—Que leen en carteles, 744.—Que leen con alguna perfección en libro, 411.—Que leen correctamente, 203.—Que estudian Aritmética, Geografía, etc., 171.—Que estudian Gramática castellana, 110.—Que hablan el español con alguna perfección, 32.

ESCUELAS DE NIÑAS: Asistentes en 1.º de Mayo de 1893, 1,448.—Que asistieron diariamente por término medio, 1,192.—Que escriben, 673.—Que leen en carteles, 671.—Que leen con alguna perfección en libro, 582.—Que leen correctamente, 195.—Que estudian Aritmética, 115.—Que estudian Gramática castellana, 47.—Que hacen costura sencilla, pespunte y dobladillo, 798.—Que zurcen, hacen punto de bainica, tapicería y crochet, 367.—En corte, 65.

RESUMEN: Niños de ambos sexos asistentes en 1.º de Mayo, 2,806.—Niños de ambos sexos que asistieron diariamente por término medio, 2,237.

Esos datos tienen más elocuencia que todo lo que yo pudiera decir, especialmente si se considera que toda la provincia junta no forma un pueblo como los que tienen muchas del Archipiélago (1). Mas para que los resultados no admiren ni extrañen demasiado á nadie, y las cosas se vean desde el verdadero punto de vista que tienen, bueno es advertir que se consigue tanto fruto porque estas gentes son y han sido siempre muy dóciles, humildes y sumisas al Padre misionero. Y también porque casi todos los pueblos están emplazados y contruidos alrededor del convento. De ahí resulta la facilidad que los niños tienen para asistir á las escuelas; de ahí la posibilidad de ejercerse una vigilancia continua de los inspectores locales, y de ahí también el que, no obstante hallarse esta provincia tan incomunicada con el resto del mundo, en el ramo de instrucción primaria pocas serán las del Archipiélago que con tan po-

cos medios puedan presentar resultados más brillantes. Todo sea para mayor honra de Dios y gloria de nuestra amada España.

Hace diecinueve años que en Nueva Vizcaya se dió principio á una entusiasta campaña en pro de las plantaciones de café. Todos los Padres misioneros rivalizaban en celo, todos trabajaban sin descanso, y todos á todas horas y en toda ocasión aconsejaban é inculcaban y hacían ver á estos pobres indios, que si bien el arroz lo necesitaban para su sustento, el porvenir y bienestar futuro lo habían de esperar del rico y apreciado fruto del café. También hubo gobernadores de provincia, entre ellos D. Vicente Belloc y Sánchez, á quien todavía, después de tantos años, estos naturales recuerdan con cariño, que desarrollaron todas sus energías, pusieron en acción todas las influencias que les daba el poder, y sacrificaron gustosos los ratos de descanso que les quedaban visitando plantíos y huertas en compañía de los Padres misioneros, exhortando y animando más y más al indio con desinteresada y loable conducta. Incontables fueron las plantaciones que en dos ó tres años se hicieron; y si las cosas hubieran seguido su curso natural, hoy día, gracias á aquellos trabajos, esta provincia nadaría en la abundancia, y sería, á no dudar, una de las más ricas del Archipiélago. Pero á raíz de aquellos trabajos y entusiasmos vino desgraciadamente la depreciación del café en el mercado, sosteniéndose años y años de tal manera, que para esta provincia, que se ve cerrada por el Sur con el monte Caraballo, y por el Norte con una ramificación de la cordillera central tan difícil de salvar como el primero, era una ruína; era completamente imposible exportar tan exquisito fruto para luego venderlo á un precio tirado en los mercados. Los Padres, teniendo siempre presente que la holganza es madre de todos los vicios y el trabajo moraliza á los pueblos, no dejaron de inculcar nuevos plantíos y la conservación de los ya hechos.

Qué plantíos y en qué número se harían entonces, se puede calcular hoy todavía por la innumerable multitud de cafetos que, á pesar de los pesares y no obstante el completo olvido y abandono en que los han tenido sus dueños, existen aún en los pueblos. Miles y miles de pesos ingresan hoy en la provincia, gracias á los trabajos y á las luchas contra la apatía y la pereza que sostuvimos entonces. Miles y miles de pesos que, gracias también á la influencia, desprendimiento y vigilancia tutelar que aún ejercen los Padres misioneros en estos pueblos, se han sextuplicado en el corto transcurso de tres años. Sucedió que, como el precio del café estuvo por tantos años cotizándose en Manila á nueve pesos pico (precio medio) y no teniendo conveniencia ninguna los cosecheros en exportarlo por los gastos que les originaba la conducción, llegó á mirarse el fruto del café hasta con desprecio. Pero llegó el año 1887; empezó á subir en Manila su precio de una manera fabulosa; continuó hasta el año 1890, sosteniéndose con alteraciones ligeras, según los meses; mas en estas localidades, por ignorancia de estos pobres indios, continuaba al precio que en tiempos antiguos: á cinco ó

(1) Todos los habitantes no pasan de 20,000.

seis pesos lo más el pico, cuando en Manila fluctuaba entre veintisiete y treinta y dos. De poco servía que les dijésemos que malbarataban la riqueza que Dios les había dado; de poco que les manifestáramos los fabulosos precios que reinaban en Manila, y de poco también que les indicásemos lo mucho que les convenía llevarlo ellos mismos á los mercados de afuera, donde se convencerían de lo buscado y apreciado que era el café de Nueva Vizcaya, y al mismo tiempo de los abundantes rendimientos que les había de proporcionar. Todo era en vano; era completamente perder el tiempo, porque los pocos compradores que lo monopolizaban no querían subir un céntimo.

Entonces fué cuando, un día que se reunieron aquí casi todos los Padres, les manifesté mi idea y mi pensamiento. «Es preciso, les dije, dar al café en esta provincia su justo precio; es preciso que el sudor del pobre, sin perjudicar á los particulares que quieran dedicarse á ese negocio, vuelva también al pobre; es preciso que sacrifiquemos un puñado de pesos, por vía de limosna, comprando todo el café que quieran llevar á los conventos, aunque después lo tengamos que mandar á otras partes regalado.» Y así se hizo, y tal fué el empuje que se le dió al precio, que los que antes compraban á cinco ó seis pesos pico, lo tenían que pagar á los tres meses á veinticuatro. Hoy día su precio corriente es treinta y dos pesos. Ya, por ese concepto, los Padres hicieron una hermosa obra de caridad, y no les quedaba más que hacer. Pero de esa grande obra de caridad resultó otra obra más grande todavía, que era la que con más afán, más entusiasmo y mayores deseos perseguíamos, oculta en el interior de nuestro corazón y sostenida por el amor inmenso, por el amor santo, por el amor grande que profesamos á estos pueblos. Era ésta el resucitar otra vez el entusiasmo ya dormido, las energías ya muertas y las aficiones perdidas por las plantaciones de un arbusto cuyos productos son oro puro; era el empezar nueva campaña con nuevos bríos para que todo el mundo, después de las faenas que exige el cultivo del palay, fruto imprescindible para su sustento, emplease el tiempo restante en plantaciones de cafetos, en vez de dedicarlo á la perniciosa holganza.

Y excusado es manifestarle que en estos tres años últimos todos los pueblos han correspondido, en mayor ó menor escala á los desvelos que los Padres se han tomado por su felicidad, por su bienestar y prosperidad. A millones y millones asciende el número de cafetos que en estos tres años se han plantado en la provincia. En este solo pueblo, á kilómetro y medio de distancia, y á ambos lados de los caminos que conducen á Dúpax y Aritao, son grandísimos los terrenos que se hallan ya cercados y plantados de tan productivo arbusto. Reuní á los principales en un principio, les hablé al corazón, les dije mis propósitos, y si bien hubo alguno que empezó á dar excusas y poner inconvenientes, cerré mis oídos y les contesté que no había remedio, extrañándome sobremanera de que ellos que debían ser los que más se interesasen por el porvenir del pueblo, fuesen los que empezaban á poner reparos. Callaron los reacios, y se empezaron los trabajos con el mayor entusiasmo, teniendo hoy ya en perspectiva, si no aban-

donan lo hecho, una riqueza segura y un porvenir desahogado para dentro de muy poco tiempo.

¡Y qué hermoso y consolador es subirse á una pequeña altura, y desde allí dominar y contemplar á miles de personas, á un pueblo entero, dócil y obediente, que, á la voz del misionero, con la alegría en el rostro y la satisfacción en el corazón, está dedicándose á las faenas agrícolas para arrancar á la tierra sus tesoros, y humedeciéndola antes con el sudor de su rostro, busca su sustento y su prosperidad, y la prosperidad y el sustento de sus hijos! Esto se hace todavía entre estas montañas, porque todavía por aquí queda algo de influencia. Y si han pasado (no han echado raíces) ciertas doctrinas, todavía no han atravesado los montes del Caraballo. Todavía aquí se puede asegurar que el Religioso lo es todo; y ¡pobre del pueblo en que se concretase á cumplir únicamente con los deberes de su ministerio y vocación! Si hay edificios públicos que construir, allí tiene que estar el Religioso; si hay que levantar puentes, si nuevas vías que abrir, tiene que ir delante; si nivelaciones de terrenos para el cultivo, si apertura de canales, si construcción de presas para el riego, todo lo tiene que dirigir él. Si él se duerme, todo está muerto; si él se mueve, todo recupera vida y movimiento. Tal es todavía el estado de los pueblos de esta provincia. Por este estado han pasado todos los pueblos filipinos, y aun hoy día en ese estado se encuentran la inmensa mayoría de ellos. Que quiten, pues, esa tutela, esa justa influencia moral, ese predominio que da la superioridad de raza, de saber, de virtud, de actividad y de energías, y al momento esto sería un caos, ó al menos el imperio de la pereza, del abandono, de la inercia y de otras cosas...

Y además, el Religioso tiene que ser aquí, por fuerza de la caridad, director, juez, médico, maestro, consejero, defensor, amigo, padre y sacerdote. Y por cada uno de estos conceptos, llevados hasta el heroísmo, patentizándolo el sacrificio inmenso que han hecho de pasar años tras años y toda su vida entre ellos, sepultados en la obscuridad y en el aislamiento por su amor y felicidad, devorando unidos las amargas lágrimas cuando las vierten, ó participando de sus modestas alegrías cuando el cielo se las manda; por cada uno de aquellos conceptos, repito, y de estas razones, necesariamente no puede suceder otra cosa, han de brotar en el corazón del pobre indio los afectos más grandes, más puros y más sublimes de respeto, consideración, gratitud y cariño hacia el misionero, so pena de tener que confesarse los seres más desagradecidos de la tierra.

No dudo que basta ya con lo escrito para que le sea fácil á V. R. formarse una aproximada idea del estado en que se encuentra esta vicaría provincial. Más difícil le será comprender y calcular las grandes luchas que he sostenido interiormente al tener que explicar ciertos trabajos, habiéndolo hecho solamente en virtud de la obligación con que V. R. me ha ligado, junto con lo que exigía el derecho de la verdad.

Suplico encarecidamente á V. R. que pida todos los días en sus fervorosas oraciones por la prosperidad y acrecentamiento de estas nuestras amadas Misiones, por sus pobres misioneros, y sobre todo por el último de ellos, su afectísimo servidor.

EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY, MISIONERO APOSTÓLICO

XV.—Toveta

*Oasis de Toveta.—Campamento y acogida.—Un edén africano.
—Costumbres de los habitantes de Toveta.—Los sabios de la
cola.—Curiosa leyenda —Asambleas.*

A LAS seis de la mañana abandonamos el delicioso campamento del lago, y dejando á nuestra izquierda el río, cuyo curso lo señala una verde línea de grandes árboles, entre los cuales hay muchas palmeras, atravesamos el desierto.

aguas. A trechos se ven manar fuentes, y casi por todas partes sólo hay que profundizar uno ó dos pies para encontrar agua. Este es el secreto de la prodigiosa fertilidad del terreno, y la causa de su insalubridad, especialmente para los extranjeros. Los montañeses del Kilima-Ndjaró no pueden permanecer allí largo tiempo sin contraer calenturas, un reumatismo ó pertinaz disentería.

Este oasis está dispuesto en triángulo cuya base se apoya al Sud en el lago Dyipé, y mide poco más de once kilómetros, por una anchura media de dos ó tres. Está poblado por unos dos ó tres mil hombres solamente. Entre la zona fértil, de una fertilidad prodigiosa, y el desierto vecino, de una aridez desolante, la demarca-



ÁFRICA ORIENTAL.—En el río Toveta

En el horizonte divisamos algo así como una fortaleza: es el bosque, es Toveta.

Este nombre, que los suahilis de la costa y después de ellos los europeos pronuncian Taveta, y los indígenas Toveta y Tuveta, representa un admirable oasis que todos los viajeros han descrito con entusiasmo. Lo forma al Sudeste del Kilima-Ndjaró una depresión del suelo, lleno por los aluviones arrastrados de la gran montaña por este río al que Thomson y Johnston dan el nombre de Lumí, que lleva en efecto á sus fuentes, pero que parece desconocido de los habitantes de Toveta, quienes lo llaman simplemente Mto ó Mfuro, «el río.» Esta corriente de agua, que descende de los bosques que rodean la base del Kima-wenté, atraviesa la llanura y derrama en el subsuelo la mayor parte de sus

ción es súbita, absoluta: donde el suelo se deprime lo suficiente para recibir las aguas, se admira la exuberancia de la tropical vegetación, y donde se eleva tanto que le priva del riego natural, domina la esterilidad del suelo africano abrasado por un sol de fuego.

Henos, pues, en el ingreso de esta Arcadia. Nuestro camino está separado bruscamente del desierto por un río, el Kilito, que pasa como durmiendo bajo la espesa bóveda de árboles seculares y de inextricables malezas. Después de un breve descanso nos internamos en el bosque por un sendero estrecho, sinuoso y sombrío. Atravesamos otro riachuelo, llegamos á las grandes plantaciones de plátano, que todo lo cubren con su sombra y su verdor. La tierra está labrada con mucho esmero, por todas partes se ven canales, y multitud de

viviendas redondas, diseminadas sin orden en este verde laberinto, acaban de dar al paisaje un aspecto de frescura, abundancia y grandeza que asombra á cuantos lo contemplan. En breve se cruzan los saludos bajo las anchas hojas de los plátanos, y la acogida que se dispensa á nuestros blancos rostros, y á nuestros trajes europeos nos da á entender que tenemos que habérmolas con población muy distinta de la que hemos visto hasta aquí. Nadie se esconde ni huye; antes al contrario, hombres, mujeres y niños acuden á vernos, saludarnos y estrecharnos la mano; y más de una vieja coge presurosa un racimo de plátanos y nos lo ofrece para mejor contemplarnos.

El guía, señalándonos un claro en el bosque de plátanos, nos dice:

—Allí es donde acampan todos los europeos.

En efecto, los viajeros ingleses Thomson y Johnston pasaron por allí, y después el maltés Martini, el conde húngaro Teleki, el austriaco Hunel, el alemán Hans Meyer, el americano Abbot, sin hablar de un príncipe ruso, de un conde polaco y otros quizá. Pero nosotros somos los primeros misioneros católicos y los primeros franceses que plantamos allí las tiendas. Por esta causa llamamos la atención de la colonia toveta, y todos vienen á vernos y hablarnos.

Hay allí espaciosas cabañas, construídas según el estilo suahili por nuestros predecesores, exploradores de profesión, cazadores, aventureros, príncipes, lores ó simples millonarios. Descansamos dos días, durante los cuales hacemos acopio de provisiones, estudiamos el país y visitamos la población.

Los plátanos, cultivados con esmero y bien regados, alcanzan dimensiones excepcionales, y suministran á los habitantes gran parte de su alimentación. *Musa paradisiaca!* En ninguna parte como aquí recuérdase que fué esta planta, según parece, la que cobijó á nuestros primeros padres al principio del mundo, y que después del desastre del que nunca nos hemos repuesto por completo, les suministró su primer desayuno y su primer traje. Al ver esas grandes hojas verdes suavemente mecidas por la brisa sobre nuestras cabezas, no podemos menos de recordar nuestro antiguo origen. Toveta es un edén; pero un edén

donde las sugerencias de la serpiente tienen aun mejor acogida que en el antiguo...

En Toveta el plátano sirve para todo. El tronco, verde y cortado en pedacitos, es un excelente alimento para las vacas, carneros y cabras, sirviéndoles á la vez de comida y bebida. Con las hojas secas se cubren las viviendas. En cuanto al fruto, lo comen crudo, cocido ó asado, preparándolo de más de diez maneras. Los periódicos de los Estados Unidos acaban de anunciar con cierto aparato que un ciudadano de aquel país ha descubierto el método de reducir el plátano á harina. ¡Gran invento! Los habitantes de Toveta lo vienen haciendo desde muchos siglos. Cogen el plátano poco antes de su madurez, lo parten para secarlo al sol como se hace con la yuca, y lo machacan en un mortero. No es esto todo: aquí como en Tchaga y Ganda hállase en



Niño

Cabeza de hombre
Recién casada

Niño (visto de espaldas)

ARICA ORIENTAL.—Trajes de Toveta. (Pág. 302)

el plátano la base de excelente cerveza. La Providencia es buena, y ha esparcido en el mundo multitud de cosas utilísimas para los diferentes pueblos: el plátano en Toveta, el cocotero en muchas costas, el bambú en Birmania, el té en China, el trigo en Europa, el arroz en la India, el árbol de pan en Oceanía, el pimienta en las Antillas, el bacalao en Terranova, las manzanas en Normandía, etc.

No se crea que sólo haya plátanos en Toveta, pues cultivase también la ambrevada, el maíz, el sorgo, la batata, el ñame, la calabaza, la caña de azúcar, etc. A los peces del río les tienden nasas, y no faltan pescadores de caña. La miel es buscada con ardor, y hacen unas colmenas que cuelgan de la rama de un árbol, no pudiendo casarse quien de antemano no haya dado pruebas de que de vez en cuando traerá miel al hogar. Hay también ganado; pero las vacas no pastan en libertad por temor á los masaias, y principalmente á los tábanos y las moscas, entre las cuales figura la terrible tse-tse. Los alimentan en la cabaña con troncos de plátanos cortados en finas rabanadas, método que pudieran ensayar los ganaderos africanos en los puntos donde hasta ahora no han obtenido buenos resultados.

Por lo demás, no todo el terreno está cultivado, y hay bosques vírgenes en toda su primitiva magnificencia. ¡Qué árboles! ¡Qué columnas! ¡Que ramaje! Durante el día, cuando el sol brilla en el vecino desierto, ¡cuán delicioso es vagar errante bajo doseles espléndidos, á lo largo de un sendero marcado apenas, donde la luz no llega sino á través del suelto follaje de esos árboles magníficos, en los cuales las lianas trepan como cuerdas vivientes por gigantescos mástiles, y donde aquí y allá brillantes flores se destacan entre la verde alfombra! El río es también encantador con su murmullo perpetuo, las rocas volcánicas que embarazan su curso, sus orillas tapizadas de helechos de formas tan delicadas, y sus corpulentos árboles que entrelazándose desde ambas riberas le forman majestuosos arcos. Entre las palmeras merecen citarse los datileros silvestres y especialmente las rafias, que en soberbios grupos lanzan á todas partes sus enormes hojas en un desorden tan pintoresco como inextricable. Con sus nervios se hacen escalas ligeras, puertas, vigas, todo lo que se quiere.

Desconfiad, sin embargo, de tantos esplendores, que ocultan tal vez la calentura. En Africa el agua en el subsuelo es un elemento necesario á la salud de las plantas, pero con frecuencia nocivo á la del hombre.

Componen la colonia tovetana elementos originariamente diversos, pero en quienes hoy se nota á corta diferencia el mismo género de vida, las mismas costumbres, la misma lengua y el mismo tipo. Hay los tovetas propiamente dichos, hermanos de los habitantes de Kache y del Bajo-Arusha: á éstos han venido á unirse algunos indígenas del Tchaga, del Taita y del Kamba; hallándose también una reducida colonia de kuavis, hermanos de los masaias. El tipo general es un intermedio entre este último elemento y el de los negros llamados de la familia bantu: de más color que el primero y más elegante que el segundo. Esta población, en su-

ma, es ciertamente superior á la del Sur, más bella, más hospitalaria y expansiva, más morigerada, inteligente y aún artista. Todos hablan suahili. Ahora acostumbrados á liberalidades excesivas, empiezan á ser exigentes con los europeos.

El Islamismo ha hecho entre ellos algunos adeptos, y sería lamentable que, desarrollándose, cerrase esta interesante población á la influencia cristiana. Gustosos nos hubieran admitido en Toveta, y algunos niños se ofrecían á ser nuestros discípulos, con promesa de atraernos otros, que á su vez nos presentarían nuevos camaradas. Pero tenemos que mirar el porvenir. ¡Ay, cuántas veces en sus viajes el misionero repite la frase del Salvador: *Misereor super turbam!*

Con las numerosas caravanas que van á buscar marfil en país masaiá, los tovetas pueden tener ahora tanta ropa como quieren, pero trabajando muy bien las pieles, que adornan con dibujos de buen gusto formados con perlas de vidrio, les tienen sin cuidado las huelgas de Manchester y Liverpool. Hacen también mucho consumo de cadenillas, pendientes y brazaletes. Los hombres, especialmente los jóvenes, se visten á la moda masaiá, trenzan primorosamente sus cabellos, haciéndose en la parte posterior de la cabeza una cola con una correa. Esto sin duda es lo que dió lugar á la extravagante fábula de los «hombres con cola» del Interior africano, cuya existencia se anunció treinta años ha. Esta noticia regocijó sobremedida á los sabios doctrinarios, que encontraron en ella recuerdos de origen simio.

—¡Vedlo! repetían. Ya lo habíamos dicho. ¡Existen, pues, todavía hombres que no se han sentido lo suficiente para desembarazarse del apéndice caudal!

El apéndice existe, en efecto, pero desgraciadamente para los presumidos sabios, no es debido á la naturaleza, y ni siquiera ocupa su debido lugar.

Otra moda curiosa es la que se impone á la mujer al hallarse en cinta de su primogénito. La vimos en casa de un vecino de nuestro campamento, que nos invitó fuésemos á su choza á beber una taza de leche. Sentados los tres en una piel de buey tendida sólidamente, y formando á la vez un lecho y un canapé según la hora, la anciana del hogar después de los saludos de costumbre nos presentó la calabaza llena de leche cuajada. Su ilustrísima sólo humedeció los labios, el Padre Augusto le añadió apenas tres pelos de la barba, y llegó á mis manos con el compromiso de vaciarla.

Por fin nos levantamos para despedirnos de nuestros excelentes huéspedes, mas un ruido parecido al que hace la serpiente de cascabel nos detuvo súbitamente. ¡Vano terror! No era una serpiente, sino una mujer cubierta de hierro de pies á cabeza, con cadenillas en el rostro, en el pecho, en los brazos, en los pies y en las orejas, sargas de cobre en el cuello, en los brazos y las piernas: por todas partes abalorios, hierros, alambres, ¡una verdadera tienda de quincalla!

—La recién casada, dijo la anciana bendiciéndonos.

Mas si las madres jóvenes son así honradas y defendidas, triste es hacer constar que los recién nacidos corren gran peligro de ser mal recibidos en este mundo, pues son estrangulados sin piedad, como «malos», los niños que nacen pies adelante, aquellos á quienes

les salen primero los dientes de la quijada superior, los mellizos, los lisiados y los hijos de un adolescente incircunciso. Es de saber que independientemente de toda práctica musulmana, está en uso aquí la circuncisión como entre muchas otras tribus africanas: se efectúa á la edad de dieciséis ó dieciocho años, pudiendo después celebrarse el matrimonio.

Aunque admitida la poligamia, está muy restringida por lo cara, pues el precio de cada nueva mujer consiste en buen número de bueyes sin contar la miel, las telas, las perlas, etc.

Por lo demás, los tovetas creen que la mujer debe estar sometida al hombre, que le es inferior, y sobre el particular refieren una singular leyenda que he sabido por un joven de la tribu, en una larga conversación que hemos tenido.

—Al principio, dijo, Dios quiso probar el corazón del hombre y el de la mujer, y tomando al primero aparte, le entregó un cuchillo diciéndole:

«—Oye: esta noche, cuando duerma, le cortarás el cuello á tu mujer.»

Y tomó también aparte á la mujer, y entregándole un cuchillo le dijo:

«—Esta noche, mientras duerma, le cortarás el cuello á tu marido.»

El hombre se marchó triste, diciéndose:

«—¡Cortar el cuello de mi mujer! ¡de mi hermana! ¡Imposible! ¡Nunca lo haré!»

Y arrojó el cuchillo al río, con el propósito de excusarse con que lo había perdido. La mujer se marchó, y llegada la noche, tomó el cuchillo, é iba á quitar la vida al marido que dormía, cuando reapareció Dios, diciéndole:

«—¡Miserable! ¡puesto que tienes el corazón tan malo, estarás siempre sujeta y condenada á trabajar en el campo y en el hogar! Y tú, dijo al hombre, porque eres bueno has merecido ser el dueño y que te corresponda el manejo de las armas.»

He aquí, añadió Kombo, porque aun en Europa, según se dice, la mujer guisa los manjares y el hombre se los come.

No hay esclavos en Toveta; todo el mundo trabaja; pero, como la tierra es fertilísima, la cotidiana labor se reduce á poca cosa, y sobra tiempo á todas las edades y sexos para hablar, pasear, beber, bailar y gozar de la vida. Muchas costumbres son idénticas á las de los masaías: los jóvenes, por ejemplo, antes de su matrimonio viven en campamentos separados, si bien no se ven sometidos á un régimen especial ni tampoco á ejercicios militares, toda vez que no están destinados á llevar la guerra á sus vecinos.

Nada de aldeas: cada cual vive en su casa, en familia.

Tocante á gobierno, los habitantes de Toveta forman una república, y, cosa singular, una república como la que la historia dice que se trató de constituir en Francia: sin presidente. Hay dos asambleas, la de los ancianos y la de los jóvenes. Los negocios deben resolverse de acuerdo, cuando éste es posible; y en caso contrario el senado, que tiene más autoridad, medida y experiencia, termina siempre el proceso... cediendo. No se olvide que hablo de Toveta.

Cuando pasa un extranjero, recibe una diputación de

la cámara y del senado, y á ambos hay que hacer regalos. No nos hemos librado nosotros de esta venerable costumbre, y como por otra parte pedían con mucho comediimiento los derechos de entrada, los hemos satisfecho gustosos.

VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XXVII

Los monjes

Los monjes siguen la Regla de San Benito y pertenecen á la Congregación sinaítica, cuyo antiguo tronco, plantado al pie del Sinaí, extiende todavía sus ramas por muchas comarcas de Oriente: el Cairo, Constantinopla, Grecia, el Archipiélago, Serbia, Rumanía y aún las Indias. La autoridad suprema corresponde al Arzobispo, elegido por los monjes y uno de los cuatro Arzobispos independientes, del cisma griego (1). Cuando reside en el Cairo delega su autoridad en un vicario elegido entre los Religiosos del convento; pero, siendo éste revocable, sucede por lo común que el sacristán, cuyo cargo es vitalicio, toma en la administración una influencia preponderante. Al sacristán sigue el ecónomo, encargado de los negocios temporales.

Las rentas de la Comunidad consisten principalmente en tierras que posee en las islas de Creta y Chipre y en las provincias danubianas. Aunque menos rica que en otras épocas á causa de la secularización de sus bienes en Rusia y Valaquia, puede subvenir cómodamente á todas sus necesidades.

A pesar de esto las celdas, el mobiliario, los vestidos de los monjes, su alimento, todo respira pobreza. No beben vino, nunca comen carne, y ni siquiera la dejan entrar en el monasterio. Cuando á un enfermo le es absolutamente preciso, lo transportan á una ermita vecina, antes que violar esta Regla. Aun á los peregrinos sólo les sirven de vigilia. Durante su cuaresma los monjes se abstienen hasta del aceite, y no comen más que legumbres cocidas con agua, y pescado salado.

Todas las noches se levantan á la una y media y van á cantar el Oficio en la iglesia. Para dar la señal de despertar un monje sube al primer piso del campanario, y da un toque bastante sonoro golpeando con un martillo una tabla de madera dura colgada por sus extremos. Al cabo de cinco minutos repite la misma melodía más acentuada golpeando una plancha de hierro, formando cierta variedad resultante del modo y sitio de la percusión. Por último, al cabo de otros cinco minutos, una nueva señal anuncia el comienzo del Oficio. El hábil tañedor, subido al tercer piso, sin teclado y sin palancas toca á su sabor las ocho campanas de la torre. A la puerta de la capilla hemos visto una larga placa de granito suspendida por los extremos, que igualmente hace oficios de campana. De ella sacan sonidos casi metálicos golpeándola con un mazo de madera.

Sea el que fuere el número de sacerdotes, sólo se celebra una Misa al día, excepto el sábado, en que se ce-

(1) Los otros Arzobispos independientes de los Patriarcas son los de Moscou, Chipre y Ockrida en Rumelia.

lebra otra en la capilla de la Zarza ardiente por los bienhechores, y otra por los difuntos en la capilla del cementerio: el sábado es en su rito el día dedicado á orar por los difuntos.

Los clérigos comulgan el sábado, preparándose con un ayuno de tres días, y los legos sólo una vez al mes, debiendo disponerse con una semana de ayuno.

Fuera del tiempo dedicado á la oración, los monjes no permanecen ociosos. Estando tan lejos de los centros de población, tienen que bastarse en muchas cosas. Uno trabaja de zapatero, otro de sastre, otros se ocupan en el huerto, en el molino, en la destilería componiendo un buen aguardiente de dátiles, y sobre todo en la iglesia, que cuidan con un esmero digno de elogio. Al preguntarles si había entre ellos algún médico, nos contestaron:

—No tenemos médico ni farmacia, pues casi nunca hay enfermos entre nosotros: morimos de vejez.

Vimos, en efecto, ancianos muy robustos. Por lo demás, los monjes no son numerosos: seis sacerdotes, cuatro diáconos y veinte Hermanos legos componen toda la Comunidad. Antiguos documentos nos revelan que en otras épocas su número se elevó á dos y trescientos.

El aspecto de la Comunidad es correcto, de irreprochable regularidad, pero con cierto tinte de tristeza; no hemos visto un solo rostro sonriente. ¿Sería acaso común á todos los cismas entristecer la vida del cristiano? Un publicista inglés escribía recientemente: «Poco falta para que Inglaterra esté á punto de hacerse católica. No lo sentiría mucho, pues á lo menos sería más alegre.»

Ninguno de los Religiosos habla francés ni conoce el latín; tan sólo dos ó tres saben un poco el árabe. Venidos todos de Grecia ó del Archipiélago, hablan el griego moderno.

Las relaciones con nuestros huéspedes hubieran sido difíciles sin un personaje misterioso que desde el principio vino en nuestro auxilio en bastante buen francés, y quiso servirnos de trujimán hasta el fin. Se llama el archimandrita Focio, es natural de Mitilene, ha gobernado el convento de Santa Cruz en Jerusalén sin ser sacerdote, y hace siete años habita el monasterio de Sinaí sin ser monje. Nada más pudimos saber entonces de nuestro amable trujimán; pero sus maneras distinguidas, su instrucción, y el respeto con que le trataban los Religiosos, nos revelaban mucho á las claras que no lo sabíamos todo. Más tarde nos revelaron el secreto en Jerusalén.

Focio ejercía allí las funciones de secretario del precedente patriarca griego cismático, y fué elegido por mayoría de votos para sucederle. Su elección no fué del agrado de un partido poderoso: el ruso, según se dice. Los contrarios hicieron amago de revuelta en la ciudad, y lograron que la Autoridad lo desterrase.

El Arzobispo del Sinaí, cuya residencia habitual es el Cairo, hallábase en el convento al llegar nosotros, y fuimos á saludarle. El Ilmo. Porphyrios tiene unos cincuenta y seis años, y es apacible y benévolo. Nos habló de sus predecesores, Callistratos, Kirillos y Constantios. Al saber que habitábamos en Berito empezó á

tratar la cuestión del calendario, que en 1859 causó una emoción apenas calmada en nuestros días. El Patriarca de los griegos unidos dió un decreto introduciendo en su Iglesia el calendario gregoriano. Muchas familias vieron en esta orden una novedad latina, un ataque al antiguo rito, y antes que someterse rompieron toda relación con su legítimo pastor. El pueblo los llama hoy día los cismáticos del calendario.

—Vosotros tenéis razón, nos dijo el Arzobispo, vuestro calendario es el verdadero, y día vendrá en que será preciso lo adoptemos también nosotros; pero no ha llegado el momento oportuno, pues nuestras poblaciones son aún harto ignorantes. ¿Qué dirían nuestros fieles, si una fiesta desapareciese en los doce días que debemos suprimir para ponernos de acuerdo con vosotros? Nos acusarían de cambiar la religión, y se rebelarían contra nosotros?

—La dificultad está ya prevista, ilustrísimo señor, le dijo mi compañero. El Papa Gregorio XII al suprimir los diez días para corregir el calendario, tuvo cuidado de elegir un período, del 5 al 16 de Octubre, en el cual no ocurría fiesta alguna.

Como para complacerle quisiéremos decirle algo de las familias griegas cismáticas de Berito, cuyos hijos educamos, nos dió á entender que nuestro cumplimiento iba por mal camino.

—Estos nada tienen de helenos, interrumpió; son árabes.

Muy hábil ha de ser quien no se pierda en ese dedaño de simpatías y antipatías que las religiones, los cismas, los ritos y las nacionalidades diversas mantienen en la sociedad oriental.

MI DIARIO DE Á BORDO

DESDE SAN NAZARIO AL CALLAO (PERÚ)

por el Rdo. P. Brunetti, de la Congregación del E. S. y S. C. de M.

II.—A lo largo de las costas septentrionales de América del Sur (continuación)

EL 30 de Diciembre á la una llegamos al muelle de Colón ó Aspinwal. Los pasajeros se preparan á abandonar el buque, pues el tren parte á las tres y media.

Colón se divide en tres partes muy distintas: la ciudad inglesa, Aspinwal; la ciudad francesa, Cristóbal Colón, y Colón, la ciudad española y china; ó más bien la ciudad del ferrocarril, del Canal y de los colombianos.

La ciudad francesa del Canal está construída en gran parte en una península pequeña que separa la rada de Colón de la embocadura del famoso canal de Panamá. En el extremo de la punta se levanta la estatua de Cristóbal Colón, premiada en la Exposición de 1868 y regalada por la Emperatriz. El eminente explorador está vuelto de cara al mar: á su izquierda una mujer representa la América, sobre la que extiende la mano.

A corta distancia de la estatua hay el chalet de M. Lesseps, que más bien parece palacio. A medida

que se ensancha la punta de la península, multiplicanse los chalets y habitaciones de los numerosos empleados de la Compañía, separadas por calles de cocoteros y bananos. Todo esto es muy lindo; pero al presente está vacío. Son hermosas jaulas sin pájaros. Y los pájaros volaron desde que los mil quinientos millones entregados por el ahorro francés han sido dilapidados. Cerca de estas suntuosas habitaciones en las cuales se habían reunido todas las comodidades posibles, veo la humilde vivienda del campesino contentándose con lo más estrictamente necesario y economizando, á fuerza de privaciones, algunos millares de francos que depositaba, fiados en las promesas que se les hicieran, en esa caja que ha engullido tantos capitales!

En medio de esos lindos chalets y lujosos cafés, busco la casa de Aquel que no ha abierto los istmos, sino que los ha hecho, sirviéndose de ellos para unir los continentes entre sí, y que horada las montañas y las rocas de granito con una gota de agua. Busco la casa de Dios, una capilla rematada en un campanario donde pueda orar el hombre en las tristezas de la vida y fortalecerse en los infortunios; pero no la hallo, pues Dios no existe para ciertos hombres de la ciencia y de las especulaciones.

El 31 de Diciembre partimos de Colón, y el comandante quiere acompañarme hasta la estación del ferrocarril de Panamá. Este lo construyó el ingeniero inglés Aspinwal, motivo por el cual los ingleses, dueños de la vía férrea, han querido dar su nombre á la ciudad.

La longitud de la vía es de ochenta kilómetros, que se recorren en tres horas, con seis ó siete paradas durante el trayecto, especialmente en Gatún (*V. el grabado, pág. 293*). Sigue el trazado del famoso canal, y así podemos enterarnos del estado de las obras.

A primera vista y considerando las cosas en su conjunto, el canal interoceánico está muy atrasado. Un material inmenso, diseminado en una extensión de ochenta kilómetros, cubierto de orín é invadido por la vegetación; gran número de construcciones á ciertas distancias; grupos de casas de madera con cubierta de zinc, la mitad desiertas, y las otras habitadas

por negros y hombres de color de las Antillas y chinos; aquí y allá zanjas profundas, separadas por largas soluciones de continuidad, tal es el aspecto general del canal, que sólo tiene completamente terminados algunos kilómetros por la parte de Colón y por la de Panamá.

Los dos ríos Chagnes, que corren de Este á Oeste y se echan en el Pacífico cerca de Panamá y Río Grande, teniendo dirección opuesta y desembocando en el golfo de Méjico, favorecen evidentemente el canal; pero, además de que su lecho es sobrado bajo y estrecho, la parte elevada donde estos ríos toman en sentido opuesto su origen, exigen un trabajo gigantesco. El terreno es escabroso y de fertilidad excepcional. Allí hay plantaciones de bananos como no las he visto en ninguna parte, ni siquiera en las Antillas. Los montecillos, separados



Barrera para riego

Panal

Cesto para pescar

AFRICA ORIENTAL.— En Toveta. (Pág. 302)

por pequeños valles, se suceden sin interrupción. El canal hubiera dado á todos estos terrenos considerable valor, que habrían producido grandes beneficios á la Compañía. Pero ¡ay! el canal está apenas comenzado, y los mil quinientos millones yacen con las máquinas y grandes materiales en las zanjás semirrellenas, donde el orín las ha ya destruído.

Pocos lectores de *Las Misiones Católicas* estarán interesados en esta grave cuestión del Panamá, pues si su trabajo les produce economías, las emplean en obras de caridad y salvación. Dios se convierte así en su deudor, y si no reciben siempre el céntuplo en este mundo, saben que un vaso de agua dado en su nombre no quedará sin recompensa: las acciones más seguras son las que se fundan en el amor de Dios y del prójimo.

Partimos de Colón á las siete y media, y á las diez y media llegamos á Panamá (*V. el grabado de la página 297*), ciudad á primera vista muy bonita. Situada junto al golfo del mismo nombre, la domina una montaña algo elevada, que tal vez ha sido un volcán. En la falda hay los establecimientos de la Compañía del canal, á la vista de la ciudad.

Panamá no goza de buena reputación sanitaria: la fiebre amarilla reina en ella casi continuamente, por lo menos en el estado endémico. Sus calles no se distinguen por la limpieza, y sus aguas son poco sanas: el mar en el reflujo deja descubierta parte de la bahía.

Henos ya en el Pacífico, que admiro por vez primera, y en la ciudad que ha tenido el honor de dar su nombre al istmo intermediario entre las dos Américas, á no ser que lo haya recibido de él. En la ciudad se observa mucho movimiento.

Desde la estación un coche nos conduce directamente á la Misión, donde vamos á pedir hospitalidad al Padre Lazarista que dirige diversas Comunidades de Hermanas de San Vicente de Paúl. Está ausente, y como no tenemos tiempo que perder, vamos á visitar la Catedral y el palacio episcopal, que tienen buena fachada.

Lo mismo que Colón, Panamá forma parte de Colombia, que se extiende en el istmo hasta la pequeña república del Centro América, Nicaragua. La costa Norte, á partir de San Francisco, y la Sur del Pacífico, á partir de Valparaíso, confluyen á Panamá, y el ferrocarril le lleva las mercancías y viajeros que vienen de Colón procedentes de todos los puntos de Europa, de San Nazario por los transatlánticos, de Londres por los *steamers* de la Mala Real, y de Nueva York por un servicio regular de buques de vapor. La población varía de treinta á cuarenta mil almas. Es la sede de un obispado: no tiene otras Congregaciones que las Hijas de la Caridad. En Colón sólo hay un sacerdote, que tiene el título y las funciones de capellán del hospital francés fundado por la Compañía.

En todo el trayecto de ferrocarril de vía estrecha de Colón á Panamá, no hemos visto siquiera una capilla, y la ciudad de este nombre tiene pocos sacerdotes. Ante una ausencia casi completa de auxilio religioso, recordé que en Francia, en un perímetro de algunos kilómetros, se cuentan cinco ó seis iglesias, y hasta veinte sacerdotes en un distrito que no tiene en superficie la

sexta parte del país que hemos atravesado para venir de Colón á Panamá. Aquí, pues, *Messis multa, operarii autem pauci*. Por una parte en Francia abundancia de sacerdotes, la mayor parte de los cuales no tienen campo suficiente á su celo y actividad, y por otra penuria completa. *Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios*. Lo pedimos de todo corazón.

A las dos nos embarcamos en un remolcador, que en menos de una hora nos conduce al *steamer* de la Compañía inglesa de navegación por el Pacífico. No habiendo en Panamá fondeadero á propósito, los buques de alto bordo echan el ancla á gran distancia de la ciudad, al abrigo de dos islas, como lo indica el grabado de la pág. 297. A nuestro lado hay el *steamer* que hace el servicio de Panamá á San Francisco. Los pasajeros del paquebot para las repúblicas del Centro América toman esta vía, y nos saludamos de lejos por última vez.

EL LÍBANO Y SUS HABITANTES

Un misionero maronita escribe desde Méjico, con fecha 25 de Abril de 1894, al señor Director de *El Cruzado*:

Muy señor mío: Siendo yo un sacerdote maronita y misionero en la República, he leído con placer en su número del 8 de este mes, el cuadro que usted ha publicado sobre las Iglesias Orientales unidas y no unidas con la Santa Sede; y los síntomas consoladores que V. observa de la próxima unión de estas con la Iglesia romana, madre y señora de todas las Iglesias.

Pero habiendo advertido alguna inexactitud en cuanto al número de los maronitas, y de su patriarcato antioqueno, le suplico á V. tenga la bondad de rectificarla en su próximo número. Para lo cual me permito dar á usted los datos siguientes:

1.º El número de los maronitas es de 500,000, no de 25,000 como decía su apreciable periódico.

2.º El Patriarca maronita es el único que por derecho tiene el título de patriarca de Antioquía, y los demás que llevan ese título lo tienen por privilegio. Porque siendo el único que se mantuvo católico en Oriente, desde el siglo VII hasta nuestros días, viene á ser el sucesor legítimo de los antiguos Patriarcas católicos, como está probado por la historia.

Me permito con ocasión de esto, darle alguna relación sobre los maronitas, su historia, y el país que ocupan, que es el monte Líbano.

Es el Líbano un monte de la Siria, tan soberbio por su estructura como famoso por su nombre. A cada paso se encuentran en él cuadros en que la naturaleza ha desplegado su gusto y toda su variedad. Sus gigantescas masas, que suben á las nubes, inspiran admiración y respeto. Nadie puede describir la admirable vegetación de sus valles, la hermosura de sus climas, siendo algunas coronadas de nieves perpetuas. Todo el Líbano está cultivado como un jardín amenísimo y sembrado de aldeas, de conventos y de iglesias, que llaman la atención del viajero que contempla y no se cansa de admirar tanta belleza, sino para elevar los ojos al cielo buscando el origen de tantas maravillas. Es este sagrado monte, tan celebrado en las Divinas Escrituras,

una nueva tierra prometida que Dios destinó al fiel pueblo maronita, que desde el siglo IV hasta hoy día se gloria siempre de ser católico y humilde siervo de la Iglesia romana. En toda su extensión, que es de sesenta leguas, no se ven más que celdas de ermitaños, capillas de solitarios, conventos, iglesias y casas de oración. En nuestros días la nación maronita goza de toda paz y tranquilidad, y libertad religiosa debido al favor y á la protección de la Sublime Puerta, de nuestro glorioso sultán Abdul-Hamid-Kan. Y gracias á Dios, este pueblo conserva el fervor religioso, y su nota característica de católico, y de sumiso á sus soberanos otomanes.

Lo que merece especial mención en el Líbano, son los famosos cedros que forman una diadema preciosa que corona su frente, y que estuvieron consagrados á la construcción del primer templo que la tierra levantó á la Divinidad, que es el de Salomón.

Bajo la sombra de estos eternos testigos del tiempo, adora, y no deja de adorar el pueblo maronita, al Dios de los ejércitos. ¡Qué templo tan majestuoso, tan sublime y tan cercano al cielo, cuyas columnas, según el dicho del Real Profeta, son plantadas por el mismo Dios! ¡Oh, cuántas generaciones bajo la sombra de estos sabedoras de las historias y de las vicisitudes humanas, adoraron á Dios y reconocieron sus beneficios!

Crece en estos árboles en las cumbres más elevadas del Líbano, y sus raíces se extienden en los lugares en donde toda vegetación perece. Por un privilegio que tienen estos antiguos monumentos del mundo, que al cabo de tantos siglos se encuentran en pie, se renuevan y se perpetúan, para ocultar á los curiosos el origen de su antigüedad: hay algunos que pertenecen al tiempo de Salomón: son de una corpulencia prodigiosa, de modo que seis hombres no pueden abrazar uno, y hasta los hay que tienen diez metros de circunferencia. En cuanto al clima del Líbano, es el mejor que se puede desear: las constituciones son robustas, las enfermedades muy raras, el aire puro y seco, el temperamento suave y dulce. Y á juicio de sabios viajeros, el Líbano es el mejor país para la salud. Es éste el país que desde los primeros siglos de la Iglesia habitaron los maronitas, de cuyo origen histórico, y constitución religiosa y civil, ya es el tiempo de decir alguna palabra.

Se sabe que el nombre de maronitas viene de un santo ermitaño, llamado Marón, que vivía á fines del siglo IV, como lo refieren Teodoreto y San Juan Crisóstomo en una de sus epístolas á este santo solitario, en la cual se encomienda el glorioso Arzobispo de Constantinopla á las oraciones de nuestro Santo y padre de esta nación conservadora del Catolicismo en Oriente. La Providencia de Dios, que nunca abandona á su Iglesia, hizo aparecer este astro luminoso de doctrina y santidad en medio de las tinieblas del error, que en aquel tiempo desolaban la Iglesia Oriental: sus discípulos, en número de ochocientos Religiosos del convento de Apamea, en las orillas fértiles de Orontes, se esparcieron por toda la Siria, predicando la verdadera fe contra los herejes, y en poco tiempo muchísimos millares de católicos se reunieron á ellos, y Dios bendijo y premió de tal manera sus trabajos apostólicos que des-

de Alepo hasta la santa ciudad de Jerusalén todo era ocupado por verdaderos fieles discípulos de San Marón, cuyo nombre glorioso y obras prodigiosas se perpetuaron en esta nación, que tomó su nombre para ser distinguida de tantos herejes.

Dura era la lucha que debían sostener los maronitas en aquellos desastrosos tiempos, y para conseguir la victoria debían de verter su sangre por la fe, como realmente sucedió en el martirio de los trescientos cincuenta monjes del convento de San Marón, cuya conmemoración el Martirologio romano hace el 31 de Agosto, ganándose en ese día la indulgencia plenaria como en las fiestas de San Marón y de San Juan Marón nuestro primer patriarca, según está concedido por los Romanos Pontífices á todo fiel que visitare nuestras iglesias.

Sujetos estaban los maronitas en aquel tiempo al patriarcato antioqueno, el cual encargaba á los Religiosos de San Marón la administración de estos fieles, consagrando de ellos Obispos á tal fin, y duraron así casi doscientos cincuenta años. Y cuando el Monotelismo declaró la guerra á la Iglesia romana, y quiso con la influencia de los emperadores herejes de Constantinopla agregarlo todo al error, entonces fué cuando Dios con su poderosa diestra nos salvó de este huracán del terror que amenazaba destruir los trabajos de tantos años. Entonces fué también cuando un gran héroe se levantó en medio de nuestra patria, cuyo nombre está unido á la historia de toda la Siria: éste fué el terror de los herejes, el defensor valiente de la fe, el santo, el glorioso San Juan Marón, primer patriarca consagrado por el delegado del Papa, para ser padre y pastor de la herencia del Señor en Oriente. Pudo, pues, desde entonces decirse con más razón de esta dichosa nación lo que dijeron los Romanos Pontífices llamándola la Rosa entre las espinas, los siete mil que no se hincaron ante Baal.

Este Santo Patriarca religioso de San Marón imitó su vida y tomó su nombre, y preservó á sus hijos del contagio de la herejía; predicando y componiendo libros contra los novadores de aquel tiempo. Y desde entonces los sucesores del Santo pontífice son los legítimos herederos de la Sede antioquena.

En la serie de nuestros Patriarcas hubo muchos santos Mártires y Confesores, como también personajes distinguidos en doctrina y santidad que ilustraron el Oriente con sus obras como los Duailil, los Huades, los Massades y muchísimos otros.

Por ser los maronitas la sola nación que se conservó siempre católica en Oriente, mereció por eso los particulares cuidados y cariños de la Iglesia romana. No hubo casi ninguno de los Sucesores de San Pedro que no hiciese algún favor á esta nación elegida de Dios: basta citar el favor de la erección de un Colegio en Roma, que dió tantos sabios á la Iglesia y tantos eruditos á la ciencia, cuyas obras y elucubraciones sobre el Oriente son preciosísimas. Basta citar el nombre de los Aseñaes, de los Equellenses, de los Nairones, y de otros innumerables, para que los eruditos les presten elogios y veneración.

Ultimamente nuestro glorioso é inmortal Pontífice León XIII ha prodigado sus paternales cuidados al pueblo de San Marón, restaurando y renovando nues-

tro Colegio en Roma, separándolo del Colegio de la Propaganda, al cual estaba anexo desde el principio de este siglo.

La constitución religiosa de esta nación se compone del patriarca y de siete arzobispos; que son el de Tiro y Sidón, el de Berito, el de Chipre, el de Damasco, el de Baalbek, el de Trípoli y el de Alepo, con otros Arzobispos titulares que elige el ilustrísimo señor Patriarca. Para que se conozca el mérito de tan grande personaje séame permitido decir alguna palabra respecto de su venerable persona.

Nuestro actual patriarca es el Ilmo. Sr. Juan Pedro Hadche, venerable anciano lleno de méritos, cuyas excelentes dotes y privilegios lo llamaron á tan alta dignidad, siendo elegido por unánime voto de los señores Arzobispos. Los maronitas se glorian de tener por su padre y pastor tan grande pontífice, que en poco tiempo de su exaltación al trono antioqueno dió tales pruebas de ánimo fuerte, de sublime talento y de incansable actividad, que las obras hechas en el breve periodo de tres años perpetuarán su nombre, y lo colocarán entre los más ilustres Patriarcas de esta nación. La renovación del Colegio de Roma, la apertura de colegios en el Líbano, la magnífica y espléndida construcción de la Sede patriarcal, de su Seminario, de la Iglesia Catedral, y varias otras grandiosas obras hacen notorio el mérito de nuestro venerable Padre. Las condecoraciones que S. M. nuestro Sultán y el señor Presidente de la República francesa le han concedido son palpable argumento del grande prestigio que en poco tiempo supo conquistar. Las muestras de paternal afecto que nuestro Santísimo Padre León XIII le manifiesta en un breve apostólico que el mandó últimamente, hacen todavía más evidentes las ex-

celentes dotes y altas prerrogativas de tan ilustre personaje.

He aquí el breve Pontificio en sus términos traducido al idioma castellano.

«A nuestro venerable hermano Juan Pedro Hadche, patriarca antioqueno de los maronitas.

«Venerable Hermano, salud y apostólica bendición.

«La adhesión y buena voluntad que muchas veces hemos visto en ti y en la esclarecida gente confiada á tu cuidado pastoral, con ocasión de nuestro Jubileo Episcopal, se nos ha manifestado de modo aún más evidente. Pues nos consta que no solamente con señales públicas y privadas habéis exteriorizado vuestra alegría y entusiasmo, sino que ante Nos hemos visto á vuestros enviados algunos Obispos y otros varones escogidos de la nación maronita, los cuales nos dieron á conocer con toda claridad vuestras congratulaciones, y al propio tiempo pusieron en nuestras manos una carta llena de ternura y de respeto, la que recibimos benignamente y con gran placer leímos.

«La carta crecía de mérito por el óbolo, que aumentaba de precio atendidas las calamidades y miserias presentes y la voluntad de los piadosos donantes.

«Gran consuelo además trajo á nuestra alma la piedad de los sacerdotes de uno y otro clero, los cuales en ese día celebraron el Santo Sacrificio según nuestra intención, y con el fin de impetrarnos gracias y auxilios del cielo.

«A tantas y tan ilustres señales de vuestro amor no queremos dejar de corresponder dando testimonio de nuestro amor y agradecimiento. El cual se lo damos por esta carta, deseando que nuestros sentimientos los hagáis públicos entre los tuyos, que con igual empeño se lo merecen de Nos.



MARRUECOS.—Vista de Tánger. (Pág. 311)

«Entre tanto, pidiendo para ti, y para todos y cada uno de los tuyos las gracias de Dios, damos de todo corazón la apostólica bendición á ti, á todos los Obispos, al clero en general, y á todos los fieles de la nación maronita.

«Dado en Roma en San Pedro el día 7 de Diciembre de 1893.

«LEÓN PAPA XIII.

«Al venerable Juan Pedro, Patriarca antioqueno de los maronitas.»

Después de haber leído las letras que anteceden parece atrevimiento nuestro el seguir aduciendo los argumentos que exaltan á ese venerable anciano. Roma ha hablado, y esto nos basta.

El Patriarca es el superior nato de toda la nación, del cual dependen los Arzobispos, los Abades generales de las Ordenes religiosas, que son de los Baladitas, de los Alepinos y de los Antoninos, y todos siguen las Constituciones de San Antonio Abad, con alguna modificación. Se ocupan en el santo ministerio y en el cultivo del campo. Esta nación debe á los Religiosos su permanencia constante en el Catolicismo. En nuestros días el clero, sea regular, sea secular, está á la altura de la ilustración europea, y cuenta personajes distinguidos en doctrina y celo, especialmente en la Congregación de los sacerdotes misioneros Kraimitas.

El pueblo presta grande veneración á su clero y á sus pastores supremos, de los cuales recibe siempre aliento y vida para continuar conservando el tesoro precioso de la fe y las gloriosas tradiciones de sus mayores. Esta adhesión del pueblo maronita á su clero hace que sea muy sumiso á las Autoridades civiles en cuyas manos puso Dios el destino temporal de la humana familia.

La constitución civil del Líbano se compone del gobernador general del país, que toma el nombre de Bajá del Líbano, nombrado por S. M. el Sultán, de acuerdo con las siete potencias europeas. Tiene su independencia en su gobierno, y debe de ser católico por razón de que la mayoría de los habitantes del Líbano profesan el Catolicismo. Se nombra por cinco años, cuyo período de tiempo es prorrogable por otros cinco años. Reside en el Sur del país, y tiene todos los tribunales civiles para administrar justicia. El actual gobernador es el dignísimo Sr. Maum-Bajá, hombre de grande energía y valor, muy instruido en el manejo del gobierno. Sirvió muchos años en cargos distinguidos en Constantinopla, y tuvo fama de grande diplomático. Desde que el Líbano fué confiado á los cuidados de tan distinguido personaje cada día prospera más, y goza de grande paz y tranquilidad. Tiene para la administración de justicia, en los distritos, los prefectos, que son el de Climf, el de Kesruan, de Maten, de Dchezin, de Batrun, de Saklea y de Kura y Deir-el-Kamar, con muchos otros subprefectos.

El gran Consejo que forma la Cámara se entiende con el Bajá en el arreglo de los negocios de mayor importancia. Los miembros de este Consejo son elegidos por el pueblo como sus representantes ante su Gobernador general.

El ejército del Líbano se compone de voluntarios, que velan por la pública seguridad bajo las órdenes

del Bajá y de un Enir-Alai (general), nombrado por el mismo Bajá.

Con tales Constituciones eclesiásticas y civiles viven pacíficamente los maronitas, aplicados al trabajo y al comercio, haciendo de su país un vergel amenísimo. Imposible es describir la actividad de este pueblo sumamente religioso, que hizo fértiles á las mismas piedras, desmenuzándolas y mezclando su polvo con la poca tierra que encuentra para sembrar las viñas, las moreras, las hogueras, los olivos y las plantas cereales, levantando terraplenes de trecho en trecho en bello orden hasta las cumbres del monte. Todos los que visitan el Líbano no pueden menos que admirar tanta constancia y tanta asiduidad al trabajo en este pueblo, tan pacífico, tan hospitalario, tan valiente y tan puro en sus costumbres, que forma el pueblo ejemplar en Oriente por su amor al trabajo, por su Religión y ánimo fuerte, como lo testifican los que escribieron sobre aquellos países.

Con lo dicho ya me parece debo poner punto á la presente carta. Pero antes permítame V., señor Director, le haga notar que si alguna ó algunas frases laudatorias se han deslizado de mi pluma creo que merezco excusa, ya por ser impulsado por la fuerza de la verdad, ya porque era un deber de gratitud el que así se expresara uno de los hijos más acariciados por el Oriente. Creo que también mis mal forjadas líneas merecen alguna excusa, pues como hace apenas nueve meses que hablo el hermoso idioma de Santa Teresa, es natural que tanto en los términos como en la construcción se me hayan escapado defectos.

Concluyo finalmente anticipando á V., señor Director, las más cordiales gracias por su bondad en dar publicidad á la presente, y al propio tiempo aprovecho la ocasión de ofrecerme S. S. que lo ama en Cristo y besa sus manos, DAVID ASSAD, *Misionero maronita*.

CRÓNICA

España.—A las cuatro de la tarde del viernes, 22 de Junio, zarpó de este puerto con rumbo para la capital del Archipiélago filipino, el grandioso y magnífico vapor de la Compañía Transatlántica «Isla de Luzón», llevando entre su pasaje la nueva Misión que los Colegios de la provincia del Santísimo Rosario, establecidos en Ocaña y en Avila, mandan á nuestras posesiones Oceánicas para continuar las apostólicas y santas obras que hace ya siglos vienen llevando, sosteniendo, fomentando y dilatando, así en las islas Filipinas como en la Formosa, China y Cochinchina, los preclaros hijos del admirable Patriarca Domingo de Guzmán. Once son los Religiosos que componen esa Misión Dominicana, todos escogidos para las grandes empresas que van á confiárseles: algunos de ellos han dejado ya bien sentado el pabellón dominicano en las Universidades de Salamanca, Valencia y sobre todo de Barcelona y la Central, establecida en Madrid, en las cuales con la distinguida y muy codiciada nota de sobresaliente, recibieron en la primera el grado de Licenciado y en la segunda la borla de Doctor en varias facultades, escribiendo con tal motivo eruditos trabajos literarios.

Muchas fueron las personas que acudieron á despedirse de los jóvenes Religiosos que, con el heroísmo que solo inspira la Religión católica, se lanzan á través de los mares, ansiosos de vivir sacrificados y siempre dispuestos á llevar la cruz y á padecer hasta el martirio, con tal de lograr la salvación de las almas, por

cuya redención y salud dió su sangre divina el Cordero Inmaculado.

Los nombres de esos ilustres dominicanos, por quienes pedimos al Señor se digne concederles próspero, feliz y rápido viaje, son: Rdo. P. Toribio Ardanza, presidente de la Misión, sobrino del Venerable mártir Berrio-Ochoa; Rdo. P. Joaquín Recoder de Dorda, vicepresidente; Rdo. P. Gerardo Ramiro; Rdo. P. Donato de Berriozabalgoitia; Rdo. P. Raimundo Vives de Ferreter; Rdo. P. Francisco Fajardo; Rdo. P. Valentín Marín; éstos son sacerdotes: los de los Coristas, ordenados ya *in sacris*, y de votos solemnes, son: Fr. José María Celaya; Fr. Juan María Recio; Fr. Juan Tejedor y Fr. Manuel Fernández.

No concluirémos sin hacer especial mención y el más cumplido elogio del M. Rdo. P. Manuel Puebla, encargado como procurador general que es de la provincia del Santísimo Rosario, de embarcar esa Misión dominicana, por el celo é interés que ha tenido á fin de que en todo fuesen cuidados y atendidos, durante la larga travesía, los nuevos apóstoles y afortunados misioneros.

Turin.—La fiesta de María Auxiliadora celebrada por los Salesianos de Dom Bosco en Turín, ha resultado espléndida, dando á ella mayor realce la asistencia de varios Prelados.

El último día tuvo lugar la conmovedora ceremonia de despedida y la bendición de partida á un grupo de jóvenes misioneros Salesianos, entre los cuales había dos que iban al centro de leprosos de *Agua de Dios*, en Colombia.

El sermón de despedida, el saludo y el último abrazo á los superiores y compañeros, parientes y amigos, no pudieron menos de emocionar á la numerosa concurrencia.

Bendiga Dios á esos queridos hijos de Dom Bosco y á todos los demás Salesianos esparcidos por tantas partes del mundo donde trabajan por la salvación de las almas, y quiera Dios inspirar á los corazones generosos el deseo de imitarlos en tan noble empresa.

Fernando Poo.—A fin de no quitarle la sencillez é ingenuidad de que se halla revestida, reproducimos la siguiente carta, tal como se ha publicado, sin alterar en nada su ortografía ni su puntuación. Como comprenderán nuestros lectores, está escrita y redactada por uno de los negritos que son educados en aquellas lejanas tierras por los misioneros, Hijos del Inmaculado Corazón de María.

«Monte de María, 19 de Abril de 1894.

«A las Señoras de Vich que regalaron tanta cosa.

«Estimadas Señoras: Como V. V. han sabido las necesidades de gente de Africa, ha sido motivo el haberse movido á compadecerse de nosotros enviándonos, vario objetos, que por cierto, nos ha gustado mucho: Camisas, chaquetas, pantalones, blusas, etc. etc.; tales objetos, si estimadas Señoras, bienhechoras, han cubierto nuestras principales necesidades en la Misión. Somo cristianos, y nos gusta ir vestidos con España; queremos, ser buenos cristianos, como 12 que preparamos para, establecernos junto á la Misión ya estamos abriendo una finca grande para cacao á fin de ganarnos el sustento honradamente al lado de los padres.

«El Padre cada día viene á la finca de los niños, enseña á nosotros como se planta el cacao, ya tenemos plantado, y cuando vuelvan las lluvias plantaremos más, si Dios quiere.

«Nosotros hemos de rezar para V. V. porque hacen favor tan grande de mandar cosa á nosotros y rezamos á Santa María para que V. V. marcha al cielo. Nosotros también queremos ser buenos siempre. Amén.

«En nombre de todos los niños de la Misión del Monte de María. S. S. S.—Antonio Nguere.»

Madagascar.—Un misionero jesuita de la provincia de Bet-sileos, comunica los datos siguientes sobre la fundación de una nueva leprosería en San Lorenzo de Marana.

«La Misión católica del Sur, conmovida por la desgraciada suerte de los leprosos dispersados por los alrededores de Finarantsoa y á lo lejos por el campo, acaba de concluir la construcción de una leprosería. Está situada á una hora de la capital Bet-sileo, al Norte de la célebre montaña de Kianjasoa, y al pie de un

pico llamado Marana. El agua corre allí con abundancia, y la vegetación, bastante potente en el lugar, provee de combustible. En torno suyo no hay arrozales ni habitaciones; por consiguiente no hay miasmas ni contacto con el público.

«Las construcciones, sin ser de grandes dimensiones, ofrecen á los enfermos cómodo alojamiento. Consisten en un gran cuerpo de edificio de sesenta metros de largo, que tiene en el centro la capilla, y á sus dos extremos un pabellón. Todo está enlazado por el exterior con una cerca. Los cuartos, que son veintiocho, son capaces para unos sesenta leprosos. No lejos del asilo de los imposibilitados, en un lugar pintoresco, se ha construido una pequeña habitación para el enfermero y el Padre.

«El establecimiento cuenta ya veintitrés leprosos. Se hubiera podido recibir sesenta; pero á más de que los recursos son todavía muy modestos, importa que los primeros que lleguen, reciban buena formación, pues un gran número de enfermos la comprometerían.

«En adelante, la Misión del Sur no tendrá nada que envidiar á la del Norte, orgullosa de su leprosería en San Camilo Ambabiboraka.»

América.—La magnífica Obra de las Ordenes y Congregaciones religiosas se extiende en América desde el estrecho de Bering hasta la Tierra del Fuego, exceptuando de Méjico á Nicaragua, pues resulta que los únicos países donde están proscritas son el citado Méjico, Guatemala, el Salvador, Honduras y como ya dijimos Nicaragua.

En la frontera de los Estados Unidos con Méjico, sobre la última milla del territorio de la República Norteamericana han fundado un colegio los Benedictinos, y en Costarrica van á fundar su casacolegio agrícola los Salesianos: estas dos casas religiosas encierran el bien pequeño espacio del nuevo mundo donde están proscritas las Ordenes y Congregaciones religiosas (1): de la frontera de Méjico hasta el estrecho de Bering y de Costarrica hasta la Tierra del Fuego, pululan por donde quiera con entera libertad.

En Venezuela últimamente, apreciando los beneficios que puedan hacer los misioneros en las zonas incultas del país, el Ejecutivo ha dado el siguiente decreto fechado el 12 de Mayo de 1894:

«Considerando el Presidente de la República la necesidad y conveniencia de atraer al seno de la civilización las numerosas tribus de indígenas que aun vagan de varias regiones de las zonas incultas del territorio nacional, y visto que los esfuerzos hechos anteriormente por el Gobierno de la República no ha dado aún el resultado por el cual se anhela: atendiendo igualmente á que la acción más eficaz que para tal objeto, eminentemente humano, puede emplearse, es la evangélica de los misioneros católicos, ha querido aprovechar para que se dicten providencias definitivas en la materia, la favorable circunstancia de hallarse ahora presente en esta capital el excelentísimo señor Enviado extraordinario de Su Santidad, y al efecto ha tenido á bien resolver:

«1.º Se declaran las regiones Delta y Caura y el territorio Amazonas *Región de Misiones católicas* para la reducción y civilización de los indígenas, encargando dichas Misiones á Religiosos Capuchinos, cuyo número podrá ascender hasta el de cincuenta Padres, y cuyos directores habrán de proceder con pleno acuerdo de las instrucciones que les comunique el Ministro de Relaciones interiores;

«2.º Para la dirección de esas Misiones se propenderá desde luego á la erección de un vicariato apostólico en aquellas regiones, y á este efecto se gestionará el nombramiento del Vicario apostólico ante la Santa Sede por medio de su actual representante en ésta el excelentísimo señor Enviado extraordinario, don Julio Tontí;

«3.º Se establece como condición que el Vicario apostólico ha de pertenecer á la Orden de los Religiosos Capuchinos españoles, así como también deben ser de la misma Orden los misioneros que se destinen á la región de la Guayana;

«4.º El Gobierno Nacional pagará los gastos de traslación de los misioneros desde Europa hasta los lugares de las Misiones, y

(1) No están proscritas tampoco de Belize, colonia inglesa enclavada en la América Central.

fija un sueldo de seiscientos bolívars mensuales al Vicario apostólico, y otro de doscientos bolívars mensuales á cada uno de los misioneros, pudiendo estos sueldos reducirse posteriormente, á proporción que lo permitan las circunstancias, por nuevos acuerdos del Gobierno con el Vicario apostólico ó con el Superior de los Religiosos.

«§ único. Mientras permanezcan en Caracas, los Religiosos misioneros sólo tendrán por sueldo cien bolívars mensuales cada uno.

«5.º En la capital de la República podrán residir hasta seis de los Religiosos misioneros de que habla esta Resolución, bajo un Superior que servirá al Vicario apostólico de medio para sus relaciones indispensables con el Gobierno Nacional y con sus Superiores Regulares.

«6.º El Gobierno Nacional contribuirá á la construcción de las iglesias que sea necesario erigir para el servicio de las Misiones, y proporcionará las herramientas y útiles indispensable para que los misioneros enseñen artes y oficios á los indígenas.

«7.º Fíjense como capitales de estas Misiones en la Guayana las ciudades de Upato y Tumeremo; y los límites del territorio que ha de comprender el vicariato apostólico serán determinados por Resoluciones posteriores.»

Perú.—El Soberano Pontífice ha escrito una carta apostólica al señor Arzobispo de Lima y á los Obispos todos del Perú, en contestación del Mensaje colectivo que le enviaron después de una reunión que tuvieron en la capital de la República.

El Papa, después de dar las gracias á los Prelados del Perú por sus nuevas manifestaciones de adhesión á la Santa Sede, les felicita por haberse reunido para tratar de los asuntos religiosos más importantes, y trabajar en el progreso moral de los fieles.

Su Santidad les excita á multiplicar estas reuniones, á fin de hacer más eficaz la lucha contra los errores, y de asegurar la defensa de los intereses religiosos. Después les encarga, especialmente, que procuren promover en el clero, y en los católicos en general, los progresos de las ciencias, para lo cual deben dar parte principalísima en la enseñanza de las obras de Santo Tomás de Aquino.

Añade León XIII que no debe descuidarse el estudio de las ciencias físicas importantísimas hoy, y en los cuales los enemigos de los dogmas católicos buscan sus principales argumentos.

Termina el Papa su carta recomendando á los Obispos que promuevan nuevas Misiones entre los indios, y que procuren el fomento de la prensa, ya en forma de diarios, ya en forma de revistas.

Noticias varias.—Se va á fundaren el Congo belga un monasterio de Trapenses, en que será abad el Rdo. P. José. Presidirá la consagración abacial del mismo el Emmo. Cardenal Gossens, primado de Bélgica y arzobispo de Malinas. El artista Mr. Roey, de Voersoller, regalará al nuevo abad un precioso báculo y una cruz de madera, en que á la pobreza de la materia suple la belleza de la ejecución. Formarán la nueva colonia cinco trapenses. A las austeridades propias de la Orden hay que agregar las incomodidades producidas por el riguroso clima del Congo, y así se podrá apreciar cuán grande es el sacrificio de tan beneméritos monjes.

UNA FAMILIA INDO-CHINA EN LOURDES.—Después de un viaje de cuatro meses al rededor del mundo, Mr. y Mma. Bastiani, de Singapur, llegaron con felicidad á consagrarse á Nuestra Señora de Lourdes con sus dos hijos.

El mayor, el niño Angel, que ahora tiene ocho años, les fué conservado á su cariño paternal el 5 de Septiembre de 1891, de una manera tan extraordinaria, que el ilustre Obispo de Malacca considera el hecho como un milagro.

El niño estaba próximo á morir de una peritonitis complicada con bronquitis y fiebre tifoidea.

Hacía muchos días que los médicos esperaban el último día del niño enfermo.

Los padres, á pesar del estado desesperado de su hijo, tenían una confianza ilimitada en la Virgen de Lourdes, á quien se lo ha-

bían encomendado. El joven enfermo no cesaba de beber agua de la Gruta y de rogar él mismo á nuestra buena Madre que lo sanase.

El 5 de Septiembre por la mañana el padre tuvo la idea de ir á confesarse y comulgar para alcanzar con más seguridad la gracia que pedía. Cuando el padre estuvo de vuelta en su casa, Angel estaba fuera de peligro: el médico no podía creer el cambio tan instantáneo que se había operado en el niño.

Antes de la peregrinación emprendida á Lourdes el niño salvado usó el traje con los colores de su excelsa Bienhechora.

Su padre y su madre no han creído hacer una gran hazaña en partir del interior de la India con sus hijos para ir á cumplir en Lourdes mismo su deuda de reconocimiento,

VARIEDADES

TÁNGER

TÁNGER ó Tandja es la ciudad más importante de la provincia de El Gharb, y ocupa el extremo Sudoeste del Estrecho de Gibraltar, así como Ceuta ocupa el Sudeste del mismo Estrecho. Tan privilegiada situación geográfica ha contribuido siempre á que la ciudad tenga verdadera importancia mercantil y política. Bajo los romanos, Tingis dió nombre á toda la provincia de Africa, que se llamó por eso Tingitana.

Parte de los imperios árabes, conquistada por los portugueses, cedida por éstos á los ingleses, y abandonada por los ingleses á los marroquíes; Tánger es hoy una ciudad cosmopolita; el Sultán es soberano nominal de ella, porque los verdaderos dueños de la ciudad son los embajadores, cónsules de las naciones europeas; ellos, en efecto, administran justicia, cuidan de la policía municipal, introducen los adelantos de las ciencias y artes de Europa sin solicitar permiso del Sultán, y protegen una prensa que insulta al Sultán y al Imperio, como si no viviera dentro del territorio del segundo. Los moros que quieren substraerse al yugo de las bárbaras leyes de su país, se ponen bajo la protección de los cónsules de Europa, y ya no pueden molestarlos en lo más mínimo la policía y agentes del Imperio.

Los moros de Tánger respetan á los europeos establecidos en su ciudad, por temor á los severos castigos que se les imponen si faltan de palabra ó de obra á un europeo. Así que éstos, no sólo viven tranquilos en la ciudad, sino que pasean sin escolta y desarmados por la hermosísima campiña que la circunda, y hace ya mucho tiempo que ningún moro se atreve á dirigirles el menor insulto.

La vista de Tánger desde el mar es de las más pintorescas que se ofrecen en el mundo; parece una gran ciudad. Pero el interior es, como dice Edmundo de Amicis, «un intrincado laberinto de callejuelas tortuosas, ó mejor, de corredores flanqueados por pequeñas casas cuadradas, blanquísimas, sin ventanas, con puerrecillas por las que con trabajo pasa una persona; casas que parecen hechas más para esconderse que para ser habitadas, y tienen aspecto entre de prisión y de convento...» «Casi todas las calles están atestadas de legumbres podridas, de trapajos, de plumas, de huesos, y en algunos puntos de perros y gatos muertos que apestan el aire.»

Tánger no tiene más que una plaza que sirve de gran

bazar ó mercado. Al rededor de esta plaza se levantan los edificios de las legaciones europeas que en Europa pasarían por casas modestísimas; pero que en Tánger parecen palacios.

«En la plaza están las tabaquerías, el café y la acera por donde pasean los desocupados.

«Allí se reúnen los chicuelos casi desnudos, los moros ricos desocupados, los hebreos que hablan de negocios, los cargadores árabes que esperan la llegada del vapor, los empleados de las legaciones que esperan la hora de comer, los extranjeros recién llegados, los intérpretes, los pordioseros. Allí se encuentran el correo que viene de Fez, de Mequinez ó de Marruecos con órdenes del Sultán, el criado que viene del correo con los periódicos de París y Londres, la bella del harén y la esposa del ministro, el camello del beduino y el perrito faldero, el turbante y el sombrero de copa, la onda sonora del piano que sale por las ventanas de un consulado y la quejumbrosa cantinela que se escapa por la puerta de la mezquita. Aquel es el punto en donde la última oleada de la civilización europea se rompe y se pierde en el inmenso cenagal de la barbarie africana.»

Tal es Tánger, en donde reside el ministro de Negocios extranjeros del Sultán, encargado de entenderse con los diplomáticos europeos. En la actualidad es ministro Sidi Mohamed Torres, que cuenta como méritos de su carrera el haber engañado á más de un embajador y á más de dos de las naciones cristianas. El, en cambio, no es engañado nunca.

LA OBRA DE LOS ANCIANOS DESVALIDOS EN CHINA

Una de las abnegadísimas Hermanas que dirigen la casa de la Presentación en Tchuchán, escribe los siguientes detalles referentes al progreso de aquella admirable obra:

«Hasta ahora, dice, los pobres ancianos que están á nuestro cuidado carecen casi de todo, y me será imposible mejorar su suerte si los corazones generosos no me ayudan. Es absolutamente preciso construirles una casita que los abrigue y defienda del frío durante el invierno.

«No es dable imaginar cuán infelices son en las islas los ancianos.

«El rasgo siguiente demostrará la urgente necesidad de formar un asilo para ellos.

«En la aldea de Tsinh-ling residía una pobre viuda de setenta y dos años; había perdido á todos sus hijos; sólo le quedaba el nieto de su hija, que era incapaz de suministrarle el pan de cada día. Caída en la última miseria, no tenía siquiera fuerzas para salir á mendigar. Falta ya de valor, quiso poner fin á su existencia: prepara lo necesario para ahorcarse y ya frente á frente de la muerte, se echa á llorar, sollozando tan fuertemente que sus lamentos llegan hasta una vecina suya, fervorosa cristiana, que penetra en la choza para imponerse de lo que sucede y le pregunta la causa de tan gran pesar.

«—¡Ah! contesta la pobre anciana, hace tres días que no como: mira, he dispuesto todo para ahorcarme y concluir de padecer.

«La cristiana, conmovida hasta el extremo, le dice:

«—Ven conmigo; no soy rica, pero partiremos mi comida y después te llevaré á la residencia de las Hermanas, en cuya compañía encontrarás bienestar para tu cuerpo y ayuda para la salvación de tu alma.

«Hízolo como lo dijo, y la infeliz anciana vino á buscar refugio entre nosotras.

«Estos casos se repiten día á día. Muchos de esos desventurados toman opio y se envenenan para no sucumbir al frío.»

LAS DAMAS PERSAS

Las habitaciones persas de las clases pudientes se hallan situadas en medio de grandes jardines, rodeadas de muros al abrigo de las miradas indiscretas.

Las damas persas pasan casi todo el día en los jardines, al lado de los estanques, paseando entre los árboles frondosos, entre flores que impregnan la atmósfera de perfumes.

Los departamentos destinados al bello sexo están decorados con arte: las paredes son estucadas y de colores pálidos.

La multitud de espejos colocados en diferentes sitios de los muros, dan á las habitaciones un aspecto original, así como las ventanas de diversas formas, y con cristales de colores que dejan penetrar una luz suave y melancólica.

En las paredes hay dos ó tres anaqueles. El más bajo está destinado á chucherías, y el más alto á sostener frascos de perfumes.

Los divanes muelles, lujosamente bordados, forman el principal mueblaje, y lo que jamás falta en el salón de una dama principal, es la pipa con boquilla de ámbar.

Las mujeres persas se abstienen de los vinos y licores, cumpliendo así el precepto del profeta: «Si una prueba el licor cae en un abismo de cien metros de profundidad, y si el pozo se llena y la hierba crece encima, mis fieles no deberán alimentarse del carnero que comiera la hierba.»

Lo mismo que las mujeres de Turquía, las persas ocultan el rostro con un velo espeso llamado *yashmak*, y sólo al marido pueden mostrarse descubiertas. Durante tres años, después de su matrimonio, no pueden ni siquiera hablar á los habitantes de la casa.

Sin embargo, les está permitido salir en carruaje ó á caballo. Las mujeres se casan generalmente á los doce años, y desde entonces dejan de ser consideradas como niñas.

Los matrimonios se celebran así siempre, sin que la mujer vea al marido. Si la novia es joven, su madre se encarga de iniciarla en los deberes de la mujer casada y de aconsejarla el cuidado de sus hijos.

En Persia todo el mundo se retira á casa poco después de oscurecer.

Las visitas se hacen al medio día, y como es raro que una mujer sepa escribir, se anuncia á sus amigas por medio de un criado.

La persa de rango elevado que hace una visita, va acompañada de cien á doscientos criados.